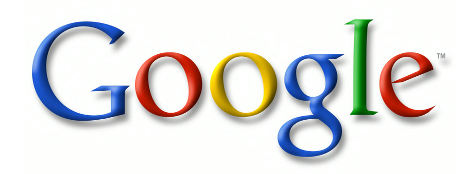

Google

MEMORIAS

DE

UN DEPORTADO

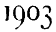
POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61



1903

1720 pulg.

MEMORIAS
DE
UN DEPORTADO

POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61

1903

1720 jaul.

MEMORIAS

DE

UN DEPORTADO

POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61

1903

1 720 pulg.

MEMORIAS

DE

UN DEPORTADO

POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61

1903

1720 julij.

MEMORIAS

DE

UN DEPORTADO

POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61

1903

1720, [illegible]

MEMORIAS

DE

UN DEPORTADO

POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61

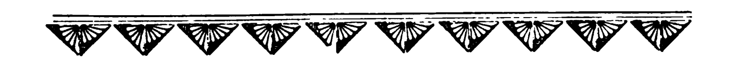
1903

AL LECTOR

No es el rencor el que me ha movido á escribir estas Memorias, sino el odio á los tiranos y el amor á la piedad que siento por mis semejantes—blancos, negros, amarillos ó rojos—cruelmente martirizados en Fernando Póo.

Si con ésta descarnada narración logro conmover á los hombres de corazón empedernido, inspirándoles horror á las crueldades conque los "colonizadores" martirizan á los desgraciados africanos que gimen bajo el yugo de la esclavitud disfrazada, estaré satisfecho.

El Autor.



MEMORIAS DE UN DEPORTADO

En el mes de Octubre del año 1896, varios tabaqueros de antecedentes revolucionarios, se convirtieron en integristas y reaccionarios feroces, que alentaban y felicitaban al General Weyler, verdugo del pueblo cubano, por su política cruel y exterminadora.

Este grupo de apóstatas, que tan pronto arengaba á las tropas españolas cuando desembarcaban, como denunciaba á algunos de sus compañeros, concibió la idea de aumentar la marina de guerra española por medio de suscripciones populares. Al efecto, organizaron un Comité Central, que fué compuesto de comisiones que se nombraron, apelando al terror, en todas las fábricas de tabacos de esta capital, y también en casi todos los pueblos de la Isla.

En la fábrica de tabacos *Don Quijote de la Mancha*, donde yo trabajaba, quisieron varios operarios hacer obligatoria dicha suscripción, no sin que protestaran de ello varios compañeros. Evaristo López, Alejandro Rodríguez, Antonio González y yo, hicimos uso de la palabra para oponernos á tal imposición.

Algunas semanas habían pasado, cuando el lunes 9 de Noviembre del sobredicho año, entraba yo en la fábrica despreocupadamente á trabajar, cuando me llamó el Sr. Constantino Menéndez,— el cual se había opuesto tambien à que se hiciera obligatoria la suscripción, por creer, según manifestó, que no se debía obligar á nadie á ser español,—para decirme que el día anterior había estado un celador buscándome para prenderme. Quise presentarme al Gobenador Civil para preguntarle por qué se me quería prender; pero varios compañeros me aconsejaron no lo hiciera, pues era seguro que si iba allí, me prendían, y que, por tanto, el mejor partido que debia tomar, era esconderme hasta que pudiera embarcarme para el extranjero ó irme á la manigua.

Así lo hice. Me escondí en Guanabacoa. Ya lo tenía todo arreglado para embarcarme para Méjico, cuando se presentó á sarcarme de Guanabacoa un miserable.

***

Alejandro Gonzàlez de Mendoza (a) *El Poeta*, à quien había conocido, para mi desdicha, algunos dias antes de querer prenderme, con motivo de haber el Gobernador Civil Porrua suspendido la lectura en los talleres de tabaquería, pues el tal Mendoza era lector y, al quedar sin ocupación, vino á suplicarme para que le hiciera una suscripción entre los tabaqueros.

Alejandro Mendoza, repito, se había colocado en la policía secreta. Cuando supo que yo estaba escondido, quiso prestarle un buen servicio al Jefe de policía Labarrera. Se dió, pues, à indagar mi paradero. Encontró el domicilio de mi anciana madre, à la que se presentó diciéndole que era íntimo amigo mío; que sabía que yo estaba perseguido y amenazado de muerte, y que él venía para salvarme de las *garras* de los sicarios de Weyler, embarcándome para la Florida en una goleta que estaba cargada de plátano en el Puerto, y que saldría al siguiente día de madrugada; que él había ajustado ya

con el patrón de la goleta que era un americano amigo suyo, y que con cinco centenes que le dieran para entregárselos, estaba todo arreglado.

Como es de suponer, mi madre se negaba à decirle mi paradero; pero él que es cómico consumado, se puso de rodillas ante ella, y lloró largo rato por la suerte que me cabría à mi, *su amigo*, si mi madre no le decía mi paradero. Entre otras cosas le dijo, para convencerla, que si desportaban á su hijo ella tendría toda la vida ese cargo de conciencia. No pudo mi madre resistir más, porque no creyó que hubiera en el mundo un hombre tan malvado y le dijo mi paradero.

Entonces, loco de alegría Mendoza, abrazó á mi madre dicièndole:

—Gracias à Dios, señora, que se ha decidido usted á salvar á su hijo!

Inmediatamente se dirigió á Guanabacoa, y allí representó la misma comedia ante mi esposa. Le habló de mi hijito y de ella que quedarían en la miseria, pues yo era quien los sustentaba. Le entrego una carta para mí que había hecho escribir á mi madre para que yo no tuviera desconfianza de entrevistarme con él.

Al fin logró verme y, abriendo los brazos para estrecharme en ellos, exclamó declamatoriamente:

—¡Oh! Amigo Miranda, al fin le encontré para sacarle del peligro que corre usted sino sale hoy mismo de la Isla.

Después me dijo que aunque había poco tiempo que me conocía, me estaba muy obligado y quería arrancarme de las manos de los sicarios de Weyler. Enseguida me expuso su plan para embarcarme

Yo iría escondido debajo de los plátanos hasta que saliera de la boca del Morro la goleta, pero que no tuviera cuidado de asfixiarme, pues ya él habla embarcado á muchos perseguidos del gobierno español y á ninguno le había pasado nada.

*
* *

MEMORIAS

DE

UN DEPORTADO

POR

Manuel M. Miranda



HABANA

Imprenta La Luz, San José 61

1903

Algunas semanas habían pasado, cuando el lunes 9 de Noviembre del sobredicho año, entraba yo en la fábrica despreocupadamente á trabajar, cuando me llamó el Sr. Constantino Menéndez,— el cual se había opuesto tambien à que se hiciera obligatoria la suscripción, por creer, según manifestó, que no se debía obligar á nadie á ser español,—para decirme que el día anterior había estado un celador buscándome para prenderme. Quise presentarme al Gobenador Civil para preguntarle por qué se me quería prender; pero varios compañeros me aconsejaron no lo hiciera, pues era seguro que si iba allí, me prendían, y que, por tanto, el mejor partido que debia tomar, era esconderme hasta que pudiera embarcarme para el extranjero ó irme á la manigua.

Así lo hice. Me escondí en Guanabacoa. Ya lo tenía todo arreglado para embarcarme para Méjico, cuando se presentó á sarcarme de Guanabacoa un miserable.

***

Alejandro Gonzàlez de Mendoza (a) *El Poeta*, à quien había conocido, para mi desdicha, algunos dias antes de querer prenderme, con motivo de haber el Gobernador Civil Porrua suspendido la lectura en los talleres de tabaquería, pues el tal Mendoza era lector y, al quedar sin ocupación, vino á suplicarme para que le hiciera una suscripción entre los tabaqueros.

Alejandro Mendoza, repito, se había colocado en la policía secreta. Cuando supo que yo estaba escondido, quiso prestarle un buen servicio al Jefe de policía Labarrera. Se dió, pues, à indagar mi paradero. Encontró el domicilio de mi anciana madre, à la que se presentó diciéndole que era íntimo amigo mío; que sabía que yo estaba perseguido y amenazado de muerte, y que él venía para salvarme de las *garras* de los sicarios de Weyler, embarcándome para la Florida en una goleta que estaba cargada de plátano en el Puerto, y que saldría al siguiente día de madrugada; que él había ajustado ya

con el patrón de la goleta que era un americano amigo suyo, y que con cinco centenes que le dieran para entregárselos, estaba todo arreglado.

Como es de suponer, mi madre se negaba à decirle mi paradero; pero él que es cómico consumado, se puso de rodillas ante ella, y lloró largo rato por la suerte que me cabría à mi, *su amígo,* si mi madre no le decía mi paradero. Entre otras cosas le dijo, para convencerla, que si desportaban á su hijo ella tendría toda la vida ese cargo de conciencia. No pudo mi madre resistir más, porque no creyó que hubiera en el mundo un hombre tan malvado y le dijo mi paradero.

Entonces, loco de alegría Mendoza, abrazó á mi madre dicièndole:

—Gracias à Dios, señora, que se ha decidido usted á salvar á su hijo!

Inmediatamente se dirigió á Guanabacoa, y allí representó la misma comedia ante mi esposa. Le habló de mi hijito y de ella que quedarían en la miseria, pues yo era quien los sustentaba. Le entrego una carta para mí que había hecho escribir á mi madre para que yo no tuviera desconfianza de entrevistarme con él.

Al fin logró verme y, abriendo los brazos para estrecharme en ellos, exclamó declamatoriamente:

—¡Oh! Amigo Miranda, al fin le encontré para sacarle del peligro que corre usted sino sale hoy mismo de la Isla.

Después me dijo que aunque había poco tiempo que me conocía, me estaba muy obligado y quería arrancarme de las manos de los sicarios de Weyler. Enseguida me expuso su plan para embarcarme

Yo iría escondido debajo de los plátanos hasta que saliera de la boca del Morro la goleta, pero que no tuviera cuidado de asfixiarme, pues ya él habia embarcado á muchos perseguidos del gobierno español y á ninguno le había pasado nada.

*
* *

Salimos de Guanabacoa á las nueve y media de la noche.

Desde que entramos en el tren se nos sentaron al lado dos hombres que me miraban con ojos de tigre. Mendoza empezó á secretearme á voces, diciéndome lo bueno que sería poner una bomba de dinamita para volar el tren y perecieran los militares que en él venían. Yo le dije que eso era estúpido y criminal; pero él seguía hablándome de lo mismo y preguntándome si conocía al Sr. González Lanuza y á Ceferino Vega.

Cuando paró el tren en Regla, en el momento de bajar del coche, se me echaron encima los dos hombres que habían estado mirándome como tigres acechando su presa. Me registraron y ordenaron darme preso, puesto que ellos eran de la policía. Después estrecharon la mano á Mendoza y le felicitaron por mi captura.

Nos embarcamos en el vaporcito para la Habana; á ambos lados tenía constantemente los policías.

En la Habana me hicieron entrar en un coche de plaza para llevarme á la inspección de policía. Sacaron los revolvers y me los pusieron al pecho.

Castigó el cochero al caballo con el cuero, y dijo uno de los policías, dirigiéndose á mí:

—Ahora es al caballo; después será á tí.

Cuando llegamos á la inspección de policía, tuvo Mendoza el cinismo de decirme:

—¡Has visto, chico, qué desgraciados somos; como nos han preso?

El inspector de policía Sr. Prats me llamó y me pidió *las generales.* Díjome después que se había informado de mi conducta; que en lo moral era inmejorable, pero en lo político todos los informes estaban contestes en que era yo un revolucionario; que me habían denunciado como tal; que Porrua había dado orden de prenderme; pero que, *sinceramente sentía* verse obligado á prender à un hombre honrado y amante de su familia.

De la Inspección me condujeron dos guardias á la Je-

fatura. Allí me encerraron en el calabozo número 4, donde estuve *quince días* en la más rigurosa incomunicación, sin más ropa que la que tenía puesta cuando entré; por cama el suelo, sin una silla, ni siquiera un cajón donde sentarme. Para defecar había una lata llena de agujeros, por los cuales salían las materias fecales, que corrían é inundaban todo el pequeño calabozo.

¿Has visto, lector, á un pájaro cuando cae en una jaula de trampas?—Desesperado, revolotea en todas direcciones, queriendo forzar con el pico, con las alas y las patitas las barillas que cierran su prisión, hasta que rendido de cansancio, fatigado, jadeante, con las alas y el pico abiertos, se echa en el piso de la jaula, sin querer comer ni beber; esperando descansar para emprender de nuevo sus acometidas contra las rejas de su prisión.

Pues bien, lo mismo que al pàjaro cuando cae en una trampa, le pasa al hombre cuando lo encierran en un calabozo: Camina, camina sin cesar de uno al otro extremo de la prisión; gesticula, habla solo, se acerca á la reja, á las paredes, à la puerta, con impulsos de forzarla con los puños, con los pies, con la cabeza. Cuando se convence uno de que todo cuanto se intente es inútil para s l r de allí, se echa uno en el suelo y se llora desconsoladamente, pensando en la madre, en los hijos y en la esposa, à quienes quizá no volverá á ver...... Como no volvieron á verlos los desdichados que murieron en Fernando Póo à causa de las fiebres ó de los palos que les daban.

En los quince días que en aquella angustiosa situación pasé, no comí apenas ni dormí más de diez horas, y éstas de intranquilo sueño; y no sin motivo, pues al día siguiente de estar yo allí habían sacado del calabozo inmediato, para matarlo, à un tal Monroy.

Lo sacaron atado codo con codo, á las 12 de la noche, so pretexto de que prestara una declaración. El tal Monroy conocía á *Piquera* (Manuel Fojaco Menéndez) que estaba encerrado en el calabozo número 1. Al salir amarra

do á aquella hora de la noche para que *declarara*, sospechó que le iban á matar, y le dijo á *Piquera:*

—Me *caí del burro*, chico.

—¿Por qué?—le preguntó *Piquera.*

—Porque me van á matar esta noche.

Efectivamente, al poco rato volvió la pareja de orden público que se lo llevó, y dijo uno de la pareja al otro:

—Murió como un español.

Monroy era peninsular.

La noche siguiente mataron al patrón de una goleta que estaba en el calabozo número 3. El mismo me contó que lo habían preso porque descubrieron que en su goleta llevaba armas para los insurrectos.

Otro día fué un mulato—Pino se apellidaba—el que mataron. Estaba loco, y en un descuido de la guardia, fuése á la calle. Al poco rato volvió; al entrar se enfrentó con la guardia—que ya lo había echado de menos y lo buscaba—y como la cosa más natural del mundo, dijo que había ido à tomar una copa de ginebra. Entonces, á bofetadas y culatazos de carabina, lo condujeron al calabozo, donde amaneció muerto al día siguiente. Dijeron, los que lo vieron, que en el suelo había un gran charco de sangre.

Una noche se divertía un sargento en atormentar à un pobre negro loco. Ignoro lo que le hacía, porque estaba muy distante de mí; pero oía al negro gritando horriblemente y diciendo que le quitaran los hierros. Cuando lo dejaban descansar, repetía con monotonía insoportable.

—Me quieren envenenar con veneno verde, me quieren envenenar con veneno verde......

Después, apostrofaba á España y à los españoles, llamándolos cobardes y crueles.

Lo sacaron del cuarto en que estaba y lo metieron en el calabozo inmediato al mío. Allí pasó la noche gritando y repitiendo sin cesar su eterno estribillo:

—Me quieren envenenar con veneno verde......

Otra noche sacaron á Enrique Carrillo del calabozo nú-

mero 3 para meter allí una morena meretriz de las que allí estaban presas por haberse amotinado en la Casa de Salud, y que había reñido con una de sus compañeras. Por la mañana sacaron á la negra y metieron otra vez á Carrillo, no sin que protestara antes, en aquel calabozo que la meretriz sifilítica había inundado de orines y de otra cosa más espesa y mal oliente.

*
* *

Por fin, lector, después de quince infernales días de calabozo—que nadie más que el que los ha pasado puede imaginarse lo que en ellos se sufre—el 25 de Noviembre de 1896, como à las 9 de la mañana oí con gozo al llavero abrir los calabozos y á las parejas de orden público sacar à los presos y llevarlos al patio, donde nos ataron y condujeron á la càrcel.

Al entrar en ella nos examinaron las manos, nos pidieron la filiación y después nos entregaron una papeleta con nuestros nombres y apellidos, y en la que constaba el delito de que se nos acusaba y el nombre de la galera à que nos destinaban. A mí y á *Piquera* se nos mandaba alojar en la galera de San Pablo, la que encontramos llena completamente, lo mismo que todas las demás.

Tuvimos, por tanto, que echarnos al suelo, unos casi encima de los otros, para poder descansar.

*
* *

El día 28 supimos con pena que había sido fusilado Antonio López Coloma, jefe de la partida levantada en Ibarra Después leímos, en el *Diario de la Marina*, que se nos deportaba á Fernando Póo á 18 intidentes, dos, que no manifestaba el delito—porque en realidad se nos deportaba á Manuel Fojaco Menéndez y á mí, por habernos opuesto, en los talleres donde trabájamos, à que se

hiciera obligatoria la suscripción para aumentar la marina de guerra española—y 74 por cuatrerismo. Además un número considerable de ñáñigos y algunos infidentes deportados asimismo á las Islas Chafarinas.

Próximamente serían las diez de la mañana, cuando se nos ordenó que saliéramos al patio. Allí nos pasaron lista y después nos amarraron de dos en fondo, formando así dos cuerdas, una de ñañigos y cuatreros y otra de infidentes. A *Piquera* y á mí, después de estar amarrados en la cuerda de los infidentes, vino un capitán de orden pùblico y dió orden á una pareja de que nos ataran en la cuerda de los malhechores.

Las doce y media ó la una serían cuando salímos de la cárcel, de dos en fondo, custodiados por una compañía del orden público, las dos cuerdas de presos.

Al salir de la cárcel, me sorprendió el inmenso gentío que en el Parque de la Punta esperaba nuestra salida. Allí ocurrieron desgarradoras escenas: madres, esposas, hermas é hijas de los que iban deportados, sollozando y lamentándose bregaban con los del orden público, que las rechazaban bruscamente, para abrazar y besar, quizás por última vez, à su hijo, hermano ò padre queridos. Muchas cayeron en mitad de la calle desmayadas; otras, presas de ataques de nervios, lanzaban desgarradores gritos. De la muchedumbre que nos seguía, salían voces llamando por sus nombres á los deportados para despedirse de ellos y animarlos, diciéndoles à voces:

—Pierdan cuidado, que ya las pagarán.

Por todas las calles que pasábamos había gran aglomeración de gente. Cuando pasamos por la Plaza Vieja, los weyleristas se reían sarcásticamente y silvaban.

Después de caminar como media hora, paseándonos por no sé cuantas calles, para regocijo de nuestros victimarios, llegamos al muelle. Allí estaban mis primos, José María y Miguel Peñalver que fueron á llevarme una maleta y algún dinero.—Los cito aquí, porque cuando fueron á acercarse para despedirse de mí, quiso im-

pedirlo el oficial del orden público que en la cárcel me había sacado de la cuerda de los políticos para amarrarme en la de los malhechores, diciéndome á mí y á mis primos con ironía:

—Los valientes no se despiden.

***

A las dos y media de la tarde nos metieron, para conducirnos al vapor *Ciudad de Cádiz*, en dos grandes barcazas. En ellas estuvimos amarrados y bajo un sol ardiente, no se por qué ni para qué, una hora lo menos, al cabo de la cual nos condujeron al vapor. Al arrancar las barcazas, nuestros familiares y amigos lloraban y agitaban los pañuelos; nuestros enemigos reían y decían á voces:

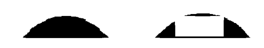
—Tírenlos al agua, que se los coman los tiburones.

Por fin llegamos al vapor y subimos à él para bajar después al sollado, donde, según íbamos entrando, el cabo de cañón nos iba encadenando por los tobillos de dos en dos. A mi me tocó de compañero, como era de esperar *Piquera*

El que sea débil de estómago, como yo, y no haya viajado en el sollado de un vapor, no sabe lo que es *bueno*.

Poco después de habernos embarcado nos trajeron el rancho: un potaje de garbanzos. Casi todos comimos, porque traiamos hambre de la jefatura de policía. Enseguida oimos levar ancla y el disparo del cañón. El mar estaba picado y el vapor balanceaba mucho de popa á proa. Cuando nos enteramos—por que no lo veíamos—que saliamos por la boca del Morro, las lágrimas acudieron á nuestros ojos y corrieron por nuestras mejillas. ¡Cuántos de los que de la Habana íbamos á Fernando Póo, volveríamos á ver á nuestra querida Cuba, á nuestras madres, hermanos, esposas, hijos ó amigos?....

Bien pronto la nauseabunda peste que salía de dos tinas que en el sollado habían puesto para que en ellas



hiciéramos nuestras necesidades, y al mareante olor del alquitràn y el fuerte balanceo del vapor, nos hizo vomitar cuanto teníamos en el estómago, y creo que hasta la bilis que en la hiel estaba. Entonces sí que se convirtió en un chiquero el sollado inundado de vómitos, orines y otras cosas mal olientes, pues para mayor desgracia, con el balanceo del buque se habían volcado las tinas. Yo me puse en un estado lamentable: echado en el suelo, embarrado todo de vómitos, sin poderme mover, empapado en sudor frío, dolorido el estómago por las alcadas en seco, pues ya no tenía nada absolutamente que echar por la boca. El pobre *Piquera* no podía moverse sin arrastrarme consigo, como gallo amarrado por una pata, á cada rato se le olvidaba que estaba encadenado y tiraba con la pierna de la cadena que á la mia estaba atada. Y se ponía furioso, y maldecía, y echaba ternos, hasta que se convenció que para andar tenía que cargar conmigo.

***

Después de tres días de este tormento llegamos á Puerto Rico.

De allí trajeron 25 puertorriqueños, que también iban deportados à España. Seguramente el Gobernador de aquella colonia los deportaba para inspirarles amor á la dominación española y no fueran á seguir el ejemplo que les daban los cubanos.

A estos 25 jíbaros, como llaman allí á los campesinos, los metieron también en el sollado, en el cual tuvieron que echarse en el suelo inundado, porque ya todas las literas las ocupàbamos nosotros.

Con este aumento de 25 hombres, donde éramos bastantes ya para no podernos revolver ni casi respirar aquel aire confinado é impregnado de nauseabundos miasmas, quedamos casi prensados como sardinas en tabal.

Era tan ardiente y sofocante el calor, que tuvimos muchos que quitarnos el saco, después el chaleco y hasta la camisa, chorreando sudor de tal modo, que parecíamos salíamos del agua. Sentíamos opresión en el pecho, ardor en el estómago é insaciable sed, para mitigar la cual comprábamos á los marineros naranjas à real cada una. El agua nos la daban tasada. El cabo de cañón nos la traía en cubos y en ellos la bebíamos como las bestias.

*
* *

El día 1º de Diciembre, por la tarde, levó ancla el *Ciudad de Cádiz*, disparó el cañón y partió con rumbo à España.

Al siguiente dia, por la mañana, viendo *Piquera* mi deplorable estado; porque no paraba de vomitar ni podía moverme de la litera, en la que tenía que estar él también, aunque no estaba mareado, por estar encadenado junto conmigo, me propuso que le ofreciéramos al cabo de cañón dos pesos, á ver si quería acceder á quitarnos la cadena. Y, sea porque el capitán tuviera intención de quitárnosla á todos á la salida de Puerto Rico, ó porque el cabo de cañón le respondió del orden, como nos dijo, el caso es que, con gran contento de todos, al poco rato nos las quitaron.

No nos duró mucho el contento de sentirnos libres de aquellas trabas de hierro, porque las gentes *non sanctas*, que eran la mayoría, apenas se vieron sueltos, reuniéronse en un grupo y empezaron á cantar en ñàñigo al son de un tango, ñáñigo también, que tocaban con las cucharas, en jarros y platos, é imitando con la boca el ruido salvaje que hacen ellos en la Habana soplando en una botija vacía.

En medio del grupo bailaba con extravagancia una pareja. Eran dos mulatos. A uno le llamaban Catalina— ya el lector adivinará por qué, cuando le diga que siem-

pre hablaba de sí con atiplada voz y contoneo de cuerpo, como si perteneciera al bello sexo. Las palabras obcenas, el relajo, la algazara llegó á tal punto, que las personas decentes que llevaban dinero suficiente para pagar pasaje de tercera de preferencia, le propusieron al capitán que les dejara pasar á ella, á lo cual accedió.

De los que pasaron á tercera recuerdo los nombres de D. Miguel Mendizabal—un perfecto caballero,—D. Ignacio Alfonso, D. Victor Planas,—joven muy simpático y decidor de graciosísimos chistes,—D. Rafael Arango Junco, D. Enrique Carrillo y Albornoz, D. Federico izquierdo. El pobre anciano D. Juan Bautista Monroner, que estaba muy enfermo y apocado, tuvo que permanecer en el infernal sollado, atormentado—como José Sariol, Alberto Jiménez, Antonio Delgado—bueno y solícito compañero mío este último—y yo, por el aquelarre de aquellos endemoniados ñáñigos que no cesaban de disputar, de maldecir, de tocar en los cacharros y cantar.

***

El *Ciudad de Cádiz* seguía, en tanto, balanceándose en pleno Océano Atlántico, subiéndose á las crestas de las gigantescas olas que en aquella inmensidad de agua, agitada por el recio viento que del Norte soplaba, se formaban, bajando luego de súbitó, sumergiendo parte de la proa en aquellas montañas de agua.

Dos ó tres días después de haber salido de Puerto Rico, nos permitieron subir á cubierta una y media ó dos horas, mientras baldeaban los marineros el sollado. Yo quise quedarme en él, en mi litera, porque continuaba mareado, vomitando á cada momento; pero no me lo permitieron Tuvo Piquera que llevarme del brazo para que no me cayera, en tal estado de debilidad me había puesto el mareo.

Piquera compró á un marinero un juego de lotería y se pusieron casi todos á jugar sobre cubierta. Yo me en-

volví cabeza y todo, porque había mucho frío, y para no ver el movimiento de las olas, en mi frazada, y me acosté en el suelo. Viendo el capitàn del barco que con el juego se entretenían los deportados, los dejó estar después en cubierta cuatro ó cinco horas. Al fin, el practicante. que era catalán y socialista, según él mismo me manifestò, se compadeció de mí y me dejó estar en litera, me traía todos los días botellas de limonada y me daba caldo.

Cuando entramos en el golfo de las Yeguas, llegó á su apogeo el balanceo del *Ciudad de Cádiz.* Allí creíamos, los que por vez primera navegábamos, que había llegado el fin de nuestros días. ¡Cômo subía el barco á la cima de aquellas gigantescas montañas de agua y cómo bajaba á las profundidades que entre una y otra ola se formaban, y còmo pasaba el agua por cubierta y entraba en gran cantidad en el sollado! ¡qué balanceo de babor á estribor, al extremo de casi tocar los palos en el agua!......

ₒ°ₒ

¡Pobres puertorriqueños!...... Como antes he dicho, cuando ellos entraron en el sollado ya todas las literas estaban ocupadas y tuvieron. por tanto, que acostarse en el suelo, en un montón, como las bestias.

Una noche, en el Golfo, fué tan fuerte el balanceo de babor á estribor, que se cayeron todos los platos, jarros y maletas que teníamos en las literas, rodando con estrépito por el suelo, y hasta las dos tinas se volcaron luego, cayendo estos depósitos de materias fecales sobre aquellos desdichados, qué la mayoria no pudieron cambiarse de ropa, por no tener màs que la que traín puesta, viéndose obligados à soportar la peste que sobre sí llevaban.

ₒ°ₒ

Después de tantos sufrimientos, llegamos á Cádiz el día 15 de Diciembre por la madrugada. Por la mañana, vino á bordo un piquete de la guardia civil y nos amarró de dos en dos; nos metieron en grandes barcazas, como en la Habana, y desembarcamos en el bonito muelle de la limpia y alegre ciudad de Cádiz.

De allí á la cárcel nos custodió y defendió la guardia civil de las agresiones del desventurado pueblo gaditano, que, creyéndonos prisioneros de guerra cogidos en la manigua con las armas en las manos, nos apostrofaban y pedían cuenta las enlutadas madres y esposas, de sus hijos, maridos ó novios muertos en la guerra de Cuba. Los chiquillos, por el contrario, se nos acercaban diciéndonos:

—Habanero, ¿me dás un cigarrillo?—y se lo dábamos.

Uno de los deportados, de color, que durante todo el viaje estuvo, como yo, mareado, y que estaba muy débil, fué atacado de pulmonía al darle en el cuerpo desabrigado el aire frío de Cádiz. Cayó desvanecido en medio de la calle. Entonces, todas aquellas mujeres que nos insultaban y aquellos hombres que momentos antes querían sacar las navajas para sacarles los *reaños* á los "negros mambises," acudieron solícitos en auxilio del pobre enfermo,—que á los dos dias murió en la enfermería de la cárcel.—Trajeron un sillón, sentáronle en él y lo cargaron hasta la cárcel. En ella ví, antes de entrar, en la fachada, sobre la puerta escrita en mármol la siguiente inscripción:

Odia el delito y compadece al delincuente.

°°°

En una sala que precede á la cárcel propiamente dicha, nos registraron, ó *cachearon*, como dicen en Cádiz, las maletas.

¡Qué impresión más angustiosa sentí al entrar en aquella cárcel, tan chica, tan húmeda, sucia y llena com-

pletamente de deportados filipinos y cubanos, además de los presos españoles, entre los cuales había diez ó doce niños, *desde* 8 *á* 11 *años de edad!* Me dijo uno de ellos que estaba condenado á seis meses de encierro porque, teniendo hambre, robó un chorizo; otro estaba allí por robar una castaña, y así todos los demàs.

Estuvimos bastante tiempo en el patio, que era muy chico, tropezando, empujándonos para poder andar, antes que nos distribuyeran en las pequeñas galeras, que estaban llenas de deportados, que los habían traido en anteriores expediciones y que estaban allí de trànsito hasta que saliera vapor para Chafarinas, Ceuta y Fernando Poo.

Cuando ví la galera donde me iban á meter, retrocedí asqueado. La gente que dentro de ella estaba revelaba la mayor miseria y abandono de su persona. Las paredes sucias y llenas de chinches, por el suelo de piedra, lleno de lodo y salivazos, paseábanse robustos cárangaros; algunos hombres mugrientos se entretenían matando los piojos que unos á otros se sacaban de la cabeza. Había que acostarse en aquel inmundo suelo; algunos de los presos gaditanos en sucios petates.

Yo, que sólo tenía cuatro pesos, determiné, aunque tuviera que comer rancho—un rancho pésimo de judías salcochadas con mucho pimentón y una cabeza, no, digo mal, y un cráneo de res completamente limpio de nervios y de carne,—subir al segundo piso, donde estaban los cuartos de preferencia. Los había de primera, de segunda y de tercera clase. En los de primera tuve el gusto de saludar y la pena de verlos allí, al que fué redactor de *La Discusión* señor Antonio Escobar y al Dr. José R. Montalvo. A los dos ó tres días llegó un hijo del General Calixto García.

o
o o

¡Qué hambre y qué frío sufriamos, lector, los que no teníamos dinero, durante los quince días que estuvimos

en la cárcel de Cádiz! ¡Y qué miseria tan grande hay en aquella càrcel! Comparada con la de la Habana, resulta ésta un alcázar real donde se comen buenos y nutritivos alimentos y hay baños de duchas para el que los paga y un estanque para que se bañen los pobres.

Todas las mañanas y tardes, nos hacían formar para *pasar lista.*

El día 20 de Diciembre llegó otra expedición de deportados de la Habana; al siguiente día sacaron cerca de 200 porque ya allí no cabian más, para meterlos en el castillo "Los Mártires." Algunos dias después sacaron otra cuerda de deportados que iban con destino á las Chafarinas.

o°o

Por fin, el dia 30 nos llegó la hora á los que mandaban á Fernando Poo.

Por la mañana, muy temprano, nos llamaron al patio para amarrarnos. A mi me tocó de compañero de cuerda el señor José Sariol. Formàbamos la cuerda de cubanos unos noventa y la de filipinos más de 200, entre los cuales habia ocho mujeres. Una de ellas llevaba un niño que habia parido en la prisión y otra estaba en cinta.

Salimos de la càrcel lo mismo que entramos, custodiados por la guardia civil.

Los sentimientos hostiles conque nos recibió el pueblo gaditano, se transformaron á nuestra partida para Fernando Póo, en piadosos y compasivos. Hombres, mujeres y chiquillos exclamaban:

—*Probecitos*, que dejan su familia tan lejos y los van á *meté* entre las fieras del Africa.

Algunas mujeres, llorando, socorrían á los más harapOSOS con alguna ropa y repartían pan y tortas.

Asi es el pueblo siempre; la prensa mercenaria puede extraviarlo un momento y hacer que odie á sus herma-

nos, pero ante la desgracia se siente piadosamente impresionado y se transforma el odio en amor compasivo y llora por la desgracia de los suyos: los pobres.

*
* *

Una vez en el muelle, el jefe de la fuerza que nos conducía,—un real mozo de noble fisonomía, ginete en hermoso caballo andaluz,—trató, bondadosamente, de animarnos, diciéndonos que no creyéramos que Fernando Póo era tan malo como nos lo habían pintado, pues allí se producía mucho y podríamos encontrar trabajo remunerado y que el clima era anàlogo al de Cuba.

Después de estar cerca de dos horas parados en el muelle, nos condujeron al vapor *Larache*, que estaba anclado á más de dos millas de distancia:

Ya en el vapor, nos desataron y procedió á registrarnos el cabo Fernández (del cual me ocuparé á su tiempo) y á meternos en el sollado.

¡Y qué sollado aquél...... ¿Cómo íbamos à pasar allí los dieciocho días que tardaría el vapor *Larache*, que no andaba màs de nueve á nueve y media millas por hora?......

Si en el *Ciudad de Cádiz*, que era un trasatlántico grande, íbamos mal, ¿cómo iríamos hasta Fernando Póo en el *Larache*, que era un barquichuelo, en aquel reducido é inmundo sollado donde estábamos como sardinas en tabal, codeàndonos, pisándonos, escupiéndonos los unos á los otros sin querer? Y luego, aquellos pobres filipinos estaban llenos de enormes piojos y de sarna, y algunos con disenteria, y además, había cubanos tísicos y otros sifilíticos y con peores enfermedades. Y teníamos que comer en grupos de á diez, en las mismas pailas en que nos servían el rancho,—un rancho insoportable al paladar: garbanzos podridos, cocidos sin sal, sin manteca, con algunos pedazos de tocino por única sazón y galletas llenas de gusanos á guisa de pan.

Pero así y todo, comimos, porque teníamos mucha hambre, antes que partiera el *Larache*, el cual anduvo con fuerte balanceo, debido á la mar gruesa que tuvimos en los tres días que duró la travesía de Cädiz á Canarias, la cual vimos apenas á través de los tragaluces del sollado.

*
* *

De Canarias zarpó el *Larache* con rumbo á Río de Oro, que està en la costa de Africa, en donde tiene la Compañía Trasatlàntica una factoría guarnecida por una compañía de infantería de la marina española, á donde llegamos à las veinticuatro horas de navegación.

¿Cómo describir los sufrimientos, las angustias, los tormentos y privaciones que pasamos en los días que de Río de Oro à Fernando Poo navegamos?

Las noches las pasàbamos en el sollado, á la entrada del cual había una guardia de diez soldados y un cabo armados con maüssers. Estos soldados (en número de 25) se embarcaron con nosotros en Cádiz para custodiarnos.

Para ir al escusado teníamos que pedir permiso al cabo de guardia, y un soldado nos iba hincando con la bayoneta para que camináramos aprisa, nos conducía á èl y nos esperaba en la puerta. ¡Desgraciado del que tardara mucho en hacer sus necesidades! Podía estar seguro de ser abofeteado por el soldado.

Una vez que cierto soldado conducía al mulato Emilio (no recuerdo el apellido), se quejò éste de que tan sin motivo lo maltratara; el soldado dió parte al capitán del vapor, diciéndole que Emilio lo había amenazado. El capitán ordenó al cabo Fernández que castigara á Emilio. Mandó el cabo formar à los soldados en círculo, en medio del cual colocó al infeliz mulato para que aquellos lo golpearan con las culatas de los maüssers, por el

pecho, por la espalda y por la cara, metiéndolo después en barra.

Con frecuencia nos aglomerábamos al pié de la escalera, sedientos, á pedir permiso para beber,—mejor dicho para chupar,—por un tubo asqueroso en el cual habían puesto la boca más de trescientas personas, enfermas la mayoría de ellas. Entonces el cabo Fernández colérico, hacía rodar por la escalera, á culatazos, á los que se habían atrevido á subir.

Lo mismo ocurría á la hora de coger el rancho ó cuando muchos, apremiados por imprescindible necesidad, se agrupaban en la escalera, por lo que se veían precisados à evacuar en el piso del sollado.

Bien pronto se convirtió aquel reducido espacio en una sentina La peste nos ahogaba Aquellos infectos miasmas produjeron fiebres, disenterías y contínuos vómitos. Imposible nos era dormir oyendo las blasfemias de unos, los quejidos de otros, el llanto del niño, hijo de una de las mujeres filipinas, atacado de fiebre; la gritería de cien voces y hasta el canto de algunos despreocupados, gente acostumbrada à las prisiones que se encontraba allí como pez en el agua.

En vista de las enfermedades que se desarrollaban, el capitán, previendo el contagio, ordenó que pasáramos las noches en cubierta, donde ya pasàbamos los días. Allí nos echábamos en el piso, amontonados como los cerdos. A las cuatro de la mañana nos hacían poner de pié y bajar al sollado para baldear la cubierta. Era á nosotros, los deportados, á quienes mandaban barrer y recojer las materias fecales y los vómitos del sollado.



Una noche, no sé por qué motivo, los cubanos que iban deportados por causas comunes, riñeron con los filipinos. Los jarros, las pailas del rancho y las cantimploras en que nos daban un líquido parecido al vino, fueron



las armas de combate; al infernal aquelarre que se produjo, acudió la guardia con bayoneta calada y apuntando para hacer fuego sobre nosotros, porque creían que nos habíamos amotinado para apoderarnos del barco. Gracias á las estentóreas voces que dió Piquera, esplicándole al cabo y al capitàn lo que pasaba, no descargaron los maiisers sobre nosotros.

Toda la tripulación y los pasajeros, se pusieron también en movimiento, armados de revolvers—hasta el cura, un viejo catalán, *portaba* el suyo.

Y no eran infundados los temores del capitán, pasaje y tripulación, porque cerca de cuatrocientos hombres que éramos entre los filipinos y nosotros, bien podíamos, si hubiéramos estado decididos, para tomar por sorpresa el vapor, pues sólo había 25 hombres armados con maiisers, y el pasaje era bien poco.

Con este motivo, el capitán ordenó la separación de cubanos y filipinos por las noches, bajando éstos al sollado y quedàndonos nosotros en la cubierta. Por el día los mandaban reunirse con nosotros en cubierta, donde pasábamos el tiempo rascándonos y matando piojos, que no lográbamos exterminar, á pesar de las campañas que contra ellos emprendíamos, tantos eran los millares que teníamos en la ropa, pues esa clase de piojos no van á la cabeza.

* * *

Mucho más pudiera referir de los que nos pasó de Sierra Leona á Monrovia y de Monrovia á Fernando Póo, pero estoy ansioso de terminar la jornada, y, además, voy siendo, sin querer muy extenso.

Así pues, apresuremos la marcha; que el maquinista eche carbón á la máquina y la ponga á todo vapor. Ya íbamos llegando, pero un día, á causa de la espesa niebla que cubría el espacio, perdió el rumbo el capitán, y tuvimos que esperar desde las cinco de la mañana hasta

s doce del día, para que el capitán *tomara altura* y se rientara.

Pero no pasó nada: ya estamos otra vez en marcha á oda máquina; ya estamos llegando.

—Mirad, mirad, ¿qué es aquello que se vé saltar en el gua?—nos preguntó un filipino letrado.

—Son delfines,—dijo un marinero.

—¿Y esos pececillos que vuelan?—preguntó un cubano.

—Pues *volaores compae*—dijo un tripulante andaluz.

Todavía navegamos tres días más, hasta que por fin egamos á Fernando Póo, en la mad rugada del día 17 de iciembre de 1896.



Al amanecer, vimos ante nosotros una elevadísima, mponente montaña envuelta en espesa capa de neblina ue se fué evaporando á medida que el sol se alzaba, como monstruosa brasa flamígera, en el horizonte, hasta ue se disipó por completo dejando ver á la hermosa nontaña, cubierta, desde su base hasta tres cuartos de ltura, de gigántescos árboles, distinguiéndose entre llos, á unos 400 metros de elevación sobre la base de la nontaña, un pintoresco montoncito de blanquísimas caitas, en un espacio de terreno tapizado de verde y menuda hierva.

Es el pueblo de Basilé, donde reside el Gobernador General de Fernando Póo, Corisco y Annobón.

Más abajo, como á veinte metros sobre el mar, está la lamada ciudad de Santa Isabel.

Vista desde el mar, presenta al observador un sombrio y triste aspecto de cementerio.

Lo primero que se presenta á la vista es un muelle destartalado con techo de zinc, después, los almacenes, que si no recuerdo mal, son seis: el de Ambas Bey, el de Jonb Holt, el de la Misión Católica, el de la Compañía

Trasatlántica, el del Gobierno y el de Nacimiento de Jesús Brusaca d' Acuña Lisboa......

Arriba, en la orilla del barranco, sembrados á distancia de ocho à diez metros unos de otros, elevan sus penachos—que hacen susurrar y gemir la ligera brisa—díez ó doce cocoteros. Más allá se extiende una hilera de casas de techo de zinc, como son todas las de la ciudad.

La primera es la casa llamada de Gobierno, donde tuvo el Gobernador su despacho, la segunda el Hospital, la tercera la llamada *casa de piedra*, por ser la única que no es de madera, en la cual está la Hacienda, la cuarta el barracón donde nos alojaron, la quinta en la que está el juzgado, sexta la iglesia ó Misión católica, séptima la factoría titulada *La Catalana*, octava la en que vive el secretario del Gobornador, novena la en que está la Misión protestante y tres casitas más con techo de bambú, siguiondo después la calle de los Mangos, en la que no hay casas, sino dos hileras de estos árboles que se confunden en la espesura del bosque y siguen hasta la finca *Banapá*, propiedad de la Misión católica.

***

Pero volvamos al barco.

Después del almuerzo, que fuè el mejor que nos dieron desde que salimos de Cádiz, à las doce del día desembarcamos en el muelle, custodiados por los soldados, y emprendimos la marcha cuesta arriba, cargados unos con sus maletas y otros con sus fardos, sus únicos equipajes.

Tàn débiles estàbamos, que las piernas se nos doblaban á pesar nuestro y éramos presa de desvanecimientos.

Tropezando, cayéndonos, andándo fatigosamente, llegamos arriba, jadeantes, frente á la casa de Gobierno.

Allí nos ordenó el cabo Fernàndez formar en fila y

lescubrirnos, sudorosos como estábamos, bajo aquel ardientísimo sol que agrietaba la tierra.

Se presentó el Gobernador en el portal, y desde él, apoyado en la baranda, nos enderezó el discurso siguiente:

"Señores: Ustedes han venido aquí por tomar las armas en contra de la madre patria, ó por auxiliar á la rebelión. En tal virtud, os prevengo que, el que trate de fugarse será pasado por las armas, y el que moleste siquiera con la mirada á un español, le mandaré dar docientos palos y à trabajar en el camino hasta que se muera...... *¡ajo!*

"Ahora, *hala*—y chasqueó la lengua.—Al barracón con ellos," dijo dirigiéndose al cabo.

***

¡El barracón! Imaginaos un caserón viejísimo de madera; el techo, de zinc, estaba hecho una criba; el piso era de tierra floja y húmeda.

En él nos metieron à los cuatrocientos deportados, como á ganado én corral. Allí nos amontonamos sin saber qué partido tomar.

En esto estábamos cuando llegó un negro que le llamabn Puerto Rico, por ser natural de esa Isla, que fué á Fernando Póo voluntariamente, trabajando de panadero en un barco que pasó por la pequeña Antilla y tuvo necesidad de él.—Por cierto que desde que lo ví se me pareció mucho al retrato que de Quintín Banderas he visto en los periódicos de la Habana: De estatura regular, cuerpo fornido; usaba perilla larga y bigote y un sombrero de ancha ala vuelta hacia atrás por delante.

Como decía, llegó Puerto Rico, nos trajo agua y nos invitó á ir al bosque à comer mangos.

Fuí yo uno de los que le seguimos y comí mucho de la citada fruta, porque mi irritado estómago me lo pedía y me bañé en el río que está detrás de la ciudad.

Cuando volví al Barracón encontré á los compañeros que en él habían quedado, poniendo la ropa al sol para matar los piojos; yo me mudé y puse la que tuve puesta y la frazada tendidas sobre la hierba. Por la tarde, cuando la recogimos, encontramos todos los piojos muertos, quemados por aquel sol abrasador.

Aquel día nos supo muy bien la comida: plátanos salcozhados, carne de búfalo salada y arroz.

A las seis de la tarde nos mandó el cabo formar en fila y pasó lista, lo cual siguió haciendo todos los días por mañanas y por las tardes; sin acabar nunca de pasarla que no diera alguna paliza sin motivo justificado.

La noche aquella fué una de las más tristes que he pasado en mi vida: echado sobre el húmedo suelo, no sólo sin poder dormir por lo molesto que estaba el cuerpo, por la dificultad con que respiraba aquel aire viciado por las emanaciones de cuatrocientos cuerpos hacinados, sinó por la intranquilidad de espíritu que me causaba el infernal aquelarre de la gente del *bronce*, que se habían alegrado con la botella de rom—alcohol amílico—que á cada rancho le dadan.

Desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana, oí todas las horas las voces de los centinelas:

¡Centinela, alerta! ¡Alerta estáaaa!......

Para hacer cualquier necesidad, por la noche, había que pedir permiso al centinela, y éste al cabo de guardia. No podíamos ir, cada vez, más que dos al bosque con el centinela.

Como éramos muchos, siempre había ocho ó diez con ganas á la vez; por este motivo el Barracòn se convirtió en una sentina.

Se desarrollaron las fiebres de tal modo, que hubo días de haber màs de 50 atacados.

Bien pronto se llenó el hospital de deportados con disentería que al fin causaba la carne salada y el alco-

hol que repartía *el Gobierno*, y no pocos enfermos de las palizas que el cabo Fernández prodigaba.

°°°

Al día siguiente, muy temprano, nos desayunamos con mangos. Los filipinos, para calentarse el estómago, tomaron infusión de hojas de este árbol.

Hállábame tan á disgusto haciendo vida común con aquella mal educada é inculta gente,—(pues ya se iban á vivir por su cuenta, con permiso del Gobernador, don Miguel Mendizábal, don Ignacio Alfonso, don Enrique Carrillo, don Cárlos González, á quien admiro por el valor estoico con que sufrió toda la deportación, don Federico Izquierdo y otros buenos y cultos caballeros filipinos),—que me dediqué con empeño á buscar trabajo para poder vivir sólo.

Salí, pues, à recorrer las factorías á ver si en alguna de ellas me colocaban. Encontré en las calles tribus de indígenas salvajes, en cueros, *machos* y *hembras*, con unos pañuelos, à modo de hojas de parra, amarrados en sus órganos genitales. Algunos de los hombres llevaban puesta una levita, otros un sombrero de copa ó un chaleco que los blancos le regalaban, y otros sombreros tejidos por ellos con hojas de bambú sobre el cual ponen plumas de aves diversas.

Las mujeres preñadas ostentaban sus enormes y relucientes vientres; las que criaban, luengas y piltrafadas mamas, las cuales chupaban los hijos, que á horcajadas en las caderas de sus madres estaban. Las doncellas bubis, que no tienen las facciones toscas, exhiben sus virginales, redondos, enhiestos pechos color de ébano, sus robustos brazos y piernas y todas sus redondas, esculturales formas.

•••

En una de las factorías diéronme esperanzas de colocarme.

Algo animado, volví al barracón con no poca hambre y me encontré que habíanse comido el rancho y no me guardaron, porque, me dijeron, andaba yo paseando por el pueblo y no había trabajado nada Desde aquel día, si no quería comer la ración cruda, tenía que hacer los más penosos trabajos, tales como traer agua del río, que está bastante lejos del Barracón y hay que subir y bajar una loma—que hoy está desmontada—por entre bosques, en un cubo grande, ó bien transportar leña. Pero así y todo me dejaron fuera de todos los ranchos, por cierta hóstil antipatía que casi todos los que quedaban en el Barracón me mostraban, creo que por las buenas formas que yo con ellos empleaba y, ¿por qué no decirlo? porque la gente ord naria é inculta, no puede ver á la gente educada sin envidia rencorosa.

Esta observación, que desde niño he hecho en el taller, la he comprobado en las prisiones; pero ha de ser el educado y distinguido, hijo del pueblo también, porque si pertenece á las llamadas clases superiores, tiene título académico, si es burgués, en fin, entonces la plebe ignorante no sabe qué hacer para adularle, ofreciéndose oficiosamente á prestarle los más humillantes servicios.

°°°

Había entre los filipinos, un maestro de escuela y un farmacéutico socialistas, que se hicieron amigos míos y me invitaron à que entrara en el rancho de ellos. Para evitarnos cargar el agua y la leña, íbamos á cocinar y à comer al bosque, en la orilla del río, á la sombra de un mango. Después de cocinado el arroz blanco—que los filipinos llaman *morisqueta*—los plátanos y la carne salada, lo echábamos en hojas de plàtanos, que poníamos en el suelo, á guisa de fuentes y platos.

°°°

A los ocho días de nuestra llegada à Fernando Póo, un domingo, varios cubanos de los *divertidos* salieron de paseo por el pueblo. Había un *balele* en un bohío de un moreno de Sierra Leona, se pararon aquellos á ver bailar, los invitaron, entraron y bailaron, comieron y bebieron, cuando más divertidos estaban, un policía negro le dió de palos á un mulato cubano; éste se quejó al cabo Fernández, el cual suspendió el baile y mandó para el Barracón á los cubanos.

Por la noche, cuando pasó lista, sacó de la fila de deportados á todos los que habían asistido al *balele* y los metió en barra, en la cual estuvieron hasta que el herrero hizo para cada uno, un enorme grillo que tuvieron puesto dos meses.

Estos castigados por tan leve falta, los obligaban à hacer los más rudos trabajos; chapear, botar los *zambullos*, cavar las fosas, y cargar y enterrar en ellas á los deportados que morían, muchos de fiebres y disentería y no pocos de las palizas y del hambre que en el hospital pasaban.

No cabían ya más en este establecimiento, por cuyo motivo el Barracón convirtióse en hospital también. Un día amaneció un filipino muerto; otro día le dió un *patatús* à un cubano é hizo también la mueca en presencia de todos.

Día hubo que se enterraron hasta seis deportados al lúgubre son de las campanas.

°°°

Sopló una mañana cierto infecto viento del Noroeste, que pasa por los bosques y pantanos del Continente africano, y por la tarde había en el Barracón cincuenta y tres hombres atacados de fiebre.

Dos filipinos, atacados al cerebro, perdieron la razón, y arrebatados, vociferaban corriendo de un extremo à otro del Barracòn.

Fué en esos días cuando murió de inanición el recién nacido de la filipina. Al poco tiempo murió el padre de aquella inocente criatura, víctima de la crueldad del general católico, Polavieja, asesino del pobre Rizal.

*
* *

Una noche tempestuosa, en la que el viento arrancaba las planchas de zinc del techo del barracón, que el agua que por el techo y las ventanas entraba, inundaba el suelo en que dormíamos y los relàmpagos y truenos menudeaban, oimos lamentos y gritos ahogados que partìan de detrás del Barracón; el cabo Fernández violaba à la hermosa viuda filipina.

*
* *

Diecisiete días hacia que estaba en el Barracón,—ya todos los deportados que estaban mal calzados tenían los pies comidos de niguas y muy hinchados;—cuando me avisaron de una colocación de dependiente en una pequeña factoría.

Un mes y nueve días pude soportar el mal trato que me daba el amo. Era el hombre más irascible y de màs raro carácter que he visto; estaba tísico y había sido marinero.

Pues bien, á pesar de trabajar desde las cinco de la mañana hasta las diez y media de la noche, y de lo mucho que me hacía sufrir, porque no me dejaba sentar ni un momento, pues hasta fregar los suelos me obligaba; engordé y me fortalecí mucho, tanto, que esa fué la época de mi achacosa existencia en que más he gozado de salud.

Estando allí colocado fué cuando metieron en barra al pobre viejo Pablo Salabarría—que era cocinero de la factoría en que yo estaba—por una acción sin importancia.

Era Salabarría un hombre del pueblo bajo de la Habana, de supina ignorancia; acostumbrado al desvergonzado lenguaje que en general usa el pueblo español y el cubano en Cuba, diciendo en diez palabras, ocho occenidades.

Mandólo Elías Casajuana, que era nuestro patrón, á que friese unos pescados con harina y los frió sin ella. Cuando le preguntó Casajuana el por qué de tal olvido, Pablo replicó con naturalidad, como si hablara con un compatriota:

—Qué ca...., compadre, lo mismo se comen con harina que sin ella.

Estas palabras le costaron la vida, pues Casajuana le despidió en el acto y se fué à dar parte al feroz gobernador, D. Adolfo de España y Aumarán, quien ordenó al cabo Fernández que metiera en barra á Salabarría, á la intemperie durante cuatro días, y después le pusiera un grillete, el cual llevó hasta que murió de disentería, causada por la carne salada que comía y por las soleadas ecuatoriales que recibió en barra.

***

Allí estaba también cuando el cabo José Fernández mató á palos á Bonifacio Valdés, al cual enterraron con los grillos que le pusieron desde el baile que ya he descrito; por cierto que cuando agonizaba, sobre el suelo de una sala del Hospital, destinada à los negros con tratados y á los deportados cubanos y filipinos, cometiò el cabo la crueldad, digna de un alevoso asesino, de patearle la cara en la cual, y en las heridas que tenía en la cabeza, le habían salido gusanos, por el ningún cuidado que con los deportados tenía el practicante D. Pablo Ara.

Mató el cabo á Bonifacio porque le fuè antipàtico siempre, por creer aquél que éste había sido unos de los *guapos* de la Habana.

Había nombrado Fernández á Bonifacio capataz —por-

que le inspiraba desconfianza y miedo—de los deportados condenados á trabajos forzados.

Trabajaba Valdés un día con su cuadrilla barriendo, recogiendo, cargando y botando la basura del Barracón, cuando pasó muy borracho Fernández y encarándose con Bonifacio le dijo:

—Oye, tú; hoy tengo ganas de habérmelas con uno de ustedes.

Y sin más razones la emprendió á palos con Valdés, el cual, aterrorizado, echó á correr hacia la casa de Gobierno para pedirle protección al Secretario, pero antes de llegar á ella, frente al Hospital, lo alcanzó el cabo....

***

¡Oh! Todavìa me horrorizo cuando recuerdo los tormentos aplicados por ese cabo, por ese hombre sin entrañas y con sentimientos de hiena, al desventurado Puerto-Rico.

Lo recuerdo como si ayer hubiera pasado.

Colocado Puerto-Rico de artesero en la única panadería que en Santa Isabel había, una noche que bebiò más rón (alcohol alemán compuesto por los mismos comerciantes) del que acostumbraba se le echó á perder la artesa y el pan no sirvió.

El día siguiente tuvo un atercado con el hornero—uno de los soldados que vino custodiándonos á nosotros—en la factoría de Casajuana. El soldado hornero amenazó à Puerto-Rico con arrancarle el *chivo;* el negro, que era un valiente, le replicó que si le arrancaba el *chivo* él le arrancaría los......

Se levantó entonces el cabo Fernández—que estaba allí jugando el dominó,— y la emprendió â golpes con el negro, ayudándole en su tarea Casajuana y el soldado.

D. Elías no se satisfizo con gorpearlo, si no que fué á dar parte al Secretario, diciéndole á éste que Puerto-Rico había amenazado con arrancar........à todos los

blancos. Ordenó el Secretario al cabo Fernández que le diera cincuenta palos, le pusiera un pesado grillo con una cadena atada al pescuezo y le obligara á trabajar en la cuadrilla de los penados.

Ocho días no más soportó Puerto-Rico estas torturas, porque forzó la puerta del calabozo donde lo encerraban de noche y se fugó é internó en el bosque, con la esperanza de embarcarse en un bote para Camerón, colonia alemana que está en la costa del continente. Pero no pudo hacerlo, porque los indígenas bubis—que no admiten en convivencia con ellos en el bosque á nadie, aunque sea de raza negra,—lo prendieron y mandaron á dar parte al Gobernador español. Este mandó cuatro policías negros de Sierra Leona, para que lo trajeran.

Cuando entró Puerto-Rico en la ciudad, venía jadeante y llena la cara y las desnudas espaldas de heridas, hechas por los policías negros, á *vergajazos;* pero sin el grillo ni la cadena que él se dió maña para quitarse. El cabo Fernández dió una escena poco edificante por las calles de la ciudad, apaleando bárbaramente al pobre negro (escenas á que está muy habituada la colonia blanca de Fernando Póo, y que les divierte mucho, tanto á los españoles como á los portugueses, los cuales, por la más leve falta. matan á palos á los pobres braceros negros que valiéndose de engaños y falsas promesas, contratan en Acra, Sierra Leona, Calabal, Monrovia y Lagos, por tres ó cuatro años, pagándoles de sueldo tres pesos por mes), hasta que llegaron al bosque de mangos que hay detrás del Hospital. En uno de cuyos árboles mandó el cabo Fernández á los policías á que lo amarraran abrazado al árbol. Después le dieron doscientos *vergajazos* (los *vergajos* tienen un anillo de plomo en la punta) contados por Fernández Luego, este hombre cruel y criminal arrancóle á Puerto Rico, uno por uno, los pelos del *chivo* que el soldado panadero—que presenciaba el castigo—amenazó arrancarle.

Cuando lo desamarraron del árbol, no pudo sostener-

se en pié. Tuvieron que cojerlo los policías, por brazos y piernas, para llevarlo al Hospital. También iba yo á él á la consulta del médico; al verme Puerto-Rico se echó á llorar, diciéndome:

—¡Ah, Don Miranda, me han matado!......

A los pocos días lo mandó el Gobernador, deportado á la Isla de Santo Thomé, donde estaba aún cuando salí yo de Fernando Póo.

o°o

Volví otra vez al Barracón, à dormir en el suelo y á comer carne salada y arroz. En él pasé la primera fiebre y una bronquitis que me hizo esputar sangre algunos días,

Habían ya varios deportados trabajando por su cuenta; como Antonio Delgado, Mauroner, Rafael G. Osuna y Cárlos González y Piquera, al que yo admiraba por su digna y ejemplar conducta, y al que habían deportado como á mí por la maldita suscripción para aumentar la marina española; otros, cubanos y filipinos, se habían colocado en las fincas para sembrar tabaco ó para el cultivo del café y cacao, y no pocos como braceros para chapear; de éstos murieron muchos de fiebres, y algunos sus mismos compañeros los enterraron en el bosque à ocho ó diez leguas de la ciudad.

El cabo Fernández había aumentado el rigor y la vigilancia con los más desgraciados, los que quedaron en el Barracón por no haber encontrado patrón que les pagara por un penoso trabajo el mezquino sueldo de tres pesos al mes.

No había día que el cabo dejara de abofetear á algunos cubanos y casi á todos los filipinos, que odiaba más, si cabe, que à los cubanos. En cuanto á mí, en honor de la verdad, desde que me dió con un maüser dos culatazos, á bordo del "Larache," no volvió á pegarme hasta que....ya lo diré á su tiempo.

o°o

Después de pasar quince infernales días en el Barracón, me volví á colocar en el único fonducho que había en Fernando Póo, cuyo, dueño un tal Mellizo, era un malhechor de Cádiz que había sido condenado á cadena perpétua en dicha ciudad y que el tribunal le conmutó la pena por la de ocho años de deportación en Fernando Póo.

En casa de este bandido trabajé como una bestia y sufrí mucho.

Allí tenía que hacer de todo: limpiar la jaula de los canairos, ir por agua al rio, servir la mesa, fregar la loza, limpiar los cubiertos, hacer las compras, despachar en la cantina y apuntar lo fiado, barrer toda la casa, dar la ropa á lavar, fregar el suelo dos ó tres veces por semana, etc., etc., y como si ésto no fuera bastante, al cocinero, que era otro deportado, y a mí, nos puso à abrir un pozo en el patio, en los momentos que pudiéramos haber descansado. Y todavía no era esto todo.

Todas las noches venían á beber los empleados del gobierno, excepto el Gobernador y el Secretario.

Cuando se iban aquéllos, venían los oficiales de la armada y el cabo Fernández, y armaban grandes juergas que duraban hasta la una ó las dos de la madrugada.

Es Mellizo—ó era, porque en Fernando Póo cuando está uno más gordo y contento le ataca de súbito una fiebre que lo *revienta* en ocho ó diez horas,—un hombre ignorante, estúpido y corrompido, de corazòn duro, crecido en el medio social de la gente *crúa* de Cádiz; borracho consuetudinario, lleno dè venéreo que trasmitió á su desventurada mujer, una bonita muchacha de veintidos años,—que tenía el cuerpo lleno de llagas,—hija de un colono de Basilé.

Un día entre él y el cabo Fernàndez amarraron á un negrito de dieciséis años, que Mellizo tenía contratado para trabajar en su finca, y le dieron cincuenta palos.

Con frecuencia, cuando más borracho estaba le ví hacer cosas estupendas: romper de un puñetazo una lata

de conservas; agachado en el suelo, amarrarse en los órganos genésicos una pesa de dos ó tres kilos y ponerse luego de pié levantando dicho peso. De haber hecho esta misma brutalidad, años atrás, en apuesta con un inglés, se le habían desprendido algo dichos órganos.

Otras veces azuzaba los perros que tenía para que mordieran á los negritos bubis, que llenos de pavor gritaban y corrían como ciervos.

Cuando pasaban entierros de deportados, nos decía á mí y á Piquera—que estaba entonces allí haciéndole tabacos, por cierto que el cabo quiso un día darle una paliza, que no me explico todavía como no se la dió.—que pronto no quedaría ni un deportado para hacer el cuento en la Habana.

*
* *

Cierto día que Mellizo fué á Basilé, me quedé yó sòlo en la casa, y don Tomás Capmany—un catalán que había estado ocho años en Cuba y que trataba á los cubanos con agrado, y que estaba dirigiendo la construcción de una casa al lado de la en que yo estaba,—se puso á hablar conmigo mientras yo, en la galería, limpiaba la jaula de los canarios y les ponía alpiste y agua, una cosa que me agradaba hacer, porque los canarios me conocían ya y revoleteaban y piaban en cuanto me veían, y después que colgaba las jaulas y les daba la brisa matinal y salía el sol, esparciendo haces de luz en todas direcciones, luz que se descomponía en las nubes matizàndolas con todos los colores del íris y que rielaba en la superficie del mar y se estendía por la montaña evaporando la neblina que la envolvía, dejando descubierto el agrietado pico, cubierta de menuda hierba de color verde claro, y más abajo el espeso verde obscuro del bosque que se agiganta á medida que desciende de la montaña, dejando entrever de trecho en trecho, superficies plantadas de cacao.—Como decía don Tomás Capmany, se

puso á hablar conmigo y le invité á que pasara adelante, pues Mellizo no estaba.

Hablamos mucho de Cuba, donde él había hecho la campaña del 68 de teniente de milicia. Me preguntò después qué tal me trataba Mellizo, y cuando se despidió me prometiò colocarme en su casa.

***

En la segunda quincena de Marzo llegó el vapor *Larache* de España, conduciendo más deportados cubanos y filipinos. Muchos de ellos vinieron á comer à la fonda. Allí conocí á Daniel de la Fé y á otros. Venían tan tristes los que habían dejado familia en la Habana y tan mal les impresionó Fernando Póo, que algunos, entre ellos Daniel, no pudieron comer.

Al siguiente día andaba el cabo furioso, buscando á unos cuantos de los que habían comido allí para darles una paliza,—entre ellos estaba Angel de la Oz, que se hallaba en el tercer período de la tísis y que murió al poco tiempo,—porque, decía el cabo, que rondando por el pueblo la noche anterior, ese grupo de cubanos, al pasar él había dicho uno de ellos que "tenía cara de c...." (el cabo). Estaba empeñado en que le dijeran quien había pronunciado tales palabras para imponerle un castigo ejemplar, y si nó, el castigo se lo impondría á todos.

Al fin se libraron de los palos gracias á unas cuantas monedas de oro que le costó à alguno de los amenazados.

Por aquellos días arreciaba el cabo sus palizas à las horas de pasar lista. Al pobre señor Manuel Castro Palomino, le cogió un palo por el estómago, del que quedó sufriendo hasta que murió en el hospital.

***

Había en Fernando Póo una morena llamada Juana.

que en Cuba fué amante de Josè Fernández, un mulato deportado. Se amaron otra vez allí, y Mellizo le dió el soplo al cabo, el cual requería de amor á Juana. El cabo, acompañado de dos policías, sacó al mulato de casa de la negra, lo amarraron y estuvieron dàndole palos, el cabo, y vergajazos los policías, cerca de una hora, por las calles de la ciudad.

Estas escenas se repitieron tres ó cuatro veces, siempre que el cabo encontraba al mulato en casa de Juana, por lo cual estuvo aquél cercano á la muerte, arrojando sangre por la boca.

Yo estaba entonces hororrizado con las matanzas que se hacían impunemente en la perla negra del Golfo de Guinea, de pobres negros que con su trabajo llenaban de oro el bolsillo de sus amos.

El verdugo que mataba á palos,—allí no se mata de otro modo—era un negro de Sierra Leona, llamado Moisés tipo repugnante de asesino, de mirada fiera y frente estrecha y baja; occipital terminado en punta, nariz aguileña, de ventanas abiertas, y los labios muy delgados.

Este negro feroz, era el que diezmaba à las cuadirllas de presos, que cargaban enormes cadenas, al pescuezo unos, y otros de la cintura al pié. Oprimía el corazón ver á aquellos torturados, con las espaldas desnudas y llenas de llagas hechas por los diarios vergajazos. Cuando no podían andar los llevaban al hospital, donde morían como perros hidrófobos.

Y no era esto sólo. Había castigos más tremendos. En el Pontón se mataba á muchos infelices, dàndoles cincuenta ó cién palos diarios, amarrados á un cañón. ¡Y era el comandante de ese barco un católico fanático, que castigaba al soldado que no asistía á misa ó al rosario!

*
* *

El día último del mes de Abril me mandó Mellizo que hiciera las facturas para los parroquianos. No quedó conforme con lo que éstas importaban, porque él necesitaba mucho dinero ese mes para pagar sus deudas y me propuso que las rehiciera agregando á cada una veinticinco pesetas por efectos varios y después derramara el tintero en el libro de cuentas, para embrollarlo todo y hocer imposible la revisión por los parroquianos. Me opuse yo à ser cómplice de semejante pillo y entonces comenzó él á insultarme.

Esto pasaba en el mostrador de la cantina. En la galería que estaba algo distante, hallábanse varios oficiales de infantería de marina tomando cerveza y esperando sus facturas para pagarlas; hacia ellos me dirijí y les dije lo que Mellizo me acababa de proponer, y enseguida me puse de un salto fuera del mostrador y me fuí á casa de Tomàs Caomany, el cual había despedido dias antes à un dependiente y me dijo que podía ir á sustituir à éste.

Recogí lo que tenía mío en casa de Mellizo, y aquella noche, estando cenando en casa del señor Capmany, se presentó un policía y me llevó preso. Mellizo había dado parte al Condestable, que á la sazón fungía de Gobernador, por haber éste salido en un cañonero à inspeccionar las otras posesiones españolas en el Golfo: las pequeñas islas de Corisco y Annobon.

El policía me condujo á lo que llaman Cuerpo de Guardia, que estaba en el piso bajo de la Casa de Piedra, junto al Barracón. Allí me entregó los diez soldados que estaban de guardia, todos conocidos míos de la fonda, en la que merendaban algunas veces;—y lo digo en honor á la verdad: ellos veían con pena los castigo que nos daba el cabo, quizás porque también eran con frecuencia abofeteados por el.

A las doce de esa noche, oímos, los soldados y yo, hacía el bosque que hay detras del Hospital, gritos y lamentos y la voz del asesino Fernández.

Al poco rato llegarón dos policias y el terrible cabo con un cubano deportado: Miguel Candelario.

Lo derribaron en tierrra como á una bestia y lo ataron de pies y manos. Los policías empezaron á descargar vergajazos que desprendían la piel y hacían saltar la sangre de las espaldas, del pecho y las nalgas de la víctima, que lanzaba desgarradores quejidos.

El cabo se dedicaba á una tarea digna de su empedernido corazón: Con su grueso palo, de dura madera del país, golpeaba à Candelario en el pecho y en el estómago, y se empeñaba en abrirle las piernas, que este apretaba, para darle en los testículos; le alcanzó un golpe en ellos y el desdichado pidiò al cabo que, por su madre, no le diera más allí.

—No nombres á mi madre, bandido—replicó el cabo, y lo golpeó con màs coraje.

Después que sació Fernández sus criminales instintos, mandó à los policías—que estaban asombrados, pues por primera vez un policía negro castigaba á un hombre blanco,—que lo ataran de espaldas á un poste. Luego, amarró el extremo de una soga à los pies de la víctima, y fué envolviendo con ella al infeliz, junto con el poste, apretándosela fuertemente hasta el pescuezo, donde amarró el otro extremo, tañ apretado que se le congestionó la cara á Candelario y echó fuera un palmo de lengua.

Enseguida, dirigiéndose á mí, me dijo:

—Ahora, ven tú.

Imagínese el lector en que estado se hallaría en aquel momento mi ánimo y mi sistema nervioso.

Sentía ya mi piel desgarrada por los vergajazos.

Pero no, tuve más suerte que Candelario.

Ya había intercedido por mí Capmany, que enseguida que me prendieron escribió al Secretario, y todos los oficiales y algunos del comercio. entre los que recuerdo al portugués Guerreiro, al catalàn Planas—que tocaba admirablemente la guitarra en las juergas de la fonda de

Mellizo—y á D. Raimundo Gutiérrez, maquinista de la Armada.

Me amarraron á un poste en la misma forma que á Candelario, y después el cabo Fernández dióme una bofetada en cada mejilla, diciéndome:

—Toma; esto hago yo á los héroes.

Al otro día, à las seis de la mañana, vino un sargento á desamarrarnos y á meternos en barra, en la calle, á la intemperie.

Al medio día mandó el Secretcrio, D. Francisco de P. Guarro, á poner en libertad á Miguel, porque el castigo se lo dió el cabo de motu propio. Cuando le sacaron los piés de las anillas de la barra, no pudo levantarse, teniendo los compañeros de deportación que llevàrselo cargado al Hospital.

Todavía está padeciendo. Lo encontré, de regreso à la Habana, vendiendo pollos, y me dijo que aún tenía el lado izquierdo del pecho y el abdómen hinchados, y que echaba á la sazón por el *curso* una posterma que se le había revantado. A no haber sido de una constitución fortísima, tiempo ha que hubiera muerto (1.)

Yo estuve dos días más en barra, porque me había mandado á prender el Condestable y no quiso ponerme en libertad, hasta que no vino el Gobernador.

Allí sufrí dos días los abrasadores rayos solares del Ecuador y todo otro día me estuvo lloviendo encima, teniendo que dormir sobre un charco de agua Desde entonces empecé à sentir dolores reumàticos, que no se me han quitado más.

Los deportados á quienes yo les había sido al principio tan antipàtico, se deshacían, mientras estuve preso, en atenciones conmigo. Ya yo había obtenido que me tuviesen afecto.

Vino, al fin, el Gobernador, pero nó pudo verme, como él quería, para ponerme en libertad después de prevenirme que me impondría un castigo ejemplar si *reincidia*, porque venía con fiebre é iba de prisa.

Al otro día por la mañana, me sacó el sargento que

me había metido en la barra, la que me mandó cargar de la Casa de Piedra á la del Gobierno, entre bayonetas. Esto me puso en cuidado, creyendo que se agravaba mi situación.

A las once, mandó el Secretario que me pusieran en libertad y que me llevaran á su despacho.

Una vez allí, díjome en nombre del Gobernador que si reincidía, me mandaría á dar cincuenta palos y à trabajar en el camino.

o°o

Salí muy contento, como todo preso que lo ponen en libertad, dirigiéndome á la casa de Capmany, á quien encontré gravemente enfermo.

Antonio Delgado, que el Sr. Capmany sacó del Hospital un mes hacía, se dedicó con asiduidad á asistir á don Tomás.

Yo, por mandato del Sr. Capmany, quedè desde aquel día hecho cargo de la casa, hasta que los socios de don Tomás le mandaron un tenedor de libros, con quien me disgusté bien pronto, por lo que à su tiempo diré.

Por primera vez en mi vida, tuve gente bajo mi autoridad, de la que no abusé nunca, pues apesar de los regaños de don Tomàs, por mi blandura con los negros, no logró que yo los castigara, por lo cual querían mucho á *masa* (amo) Miranda.

o°o

Si el sueldo que me asignó Capmany era poco, el trabajo que tenía en su casa no era mucho: despachar las mercancías, con ayuda de dos negritos, uno *bubi* y otro *acra*, y hacer las cuentas los sábados y los fines de mes, de lo que tomaban los ochenta negros contratados que tenía en la finca para el cultivo del cacao.

Por las noches, y los domingos por el día, leía mucho,

pues Capmany poseía una regular biblioteca, y después iba à visitar al Dr. Emiliano Núñez, al cual presté, con consentimiento de Capmany, algunas buenas obras, tales como la Historia Universal, por César Cantú; Nerón, por Emilio Castelar, El Genio del Cristianismo, por Chateaubriond, y otras que también iba yo leyendo. Allí acabé de leer la Historia de España, por Lafuente.

Y ahora que hablo del Dr. Emiliano Núñez, recuerdo que un día le amenazó el cabo Fernández con meterle una bala en la cabeza, porque un negro fernandino dió parte al Gobierno de que el Doctor y otros deportados, itentaban fugarse en un bote para Cameron, que està en la costa del Continente, á seis horas, en bote, de Fernando Póo.

*
* *

El día 22 de Agosto de 1897, estàbamos sentados conversando y tomando el fresco,—mientras contemplaba yo como se hundía el sol en el ocaso—en la galería, frente á la cual había algunos rosales,—D. Ramòn Daumy, que estaba en la casa haciendo tabacos para Capmany, Antonío Delgado, que había puesto las columnas y después el techumbre á una de las mejores casas de Fernando Póo, de Capmany,—cuando supimos, por un deportado que venía de abrir la fosa para enterrarlo, que Piquera había muerto de una fiebre perniciosa, tras prolongada agonía, en el suelo del Hospital.

Por aquella época murieron también Fernando Casellas, Gerónimo y Eduardo la Fé, Juan López, Felipe Cueto y Avelino Rodríguez,—peninsulares los dos últimos, que fueron enterrados en el bosque, como también un ex-capitán de voluntarios de Matanzas, que deportaron por ser amigo del General Julio Sanguily, decía él, y el pobre viejecito José Musio, que estaba tísico, y un tal Carbó de Pinar del Río, (de esta provincia deportaron ocho y murieron seis), que mataron á vergajos los poli-

cías, porque tenía la desgracia de embriagarse; y tantos otros hasta el número de cuarenta y nueve, cuyos nombres no acuden ahora á mi memoria.

***

Estando Capmany convaleciendo en Bas'lé, en la finca de la Compañía Trasatlántica, fuímos á verle, en hamaca —porque en Fernando Póo no hay vehículos, ni bueyes ni arados, ni ningún instrumento de agricultura, que no sea el machete y el hacha; con ésta desmontan, con aquél chapean y cavan la tierra para echar la simiente; —fuímos à verle, repito, don Joaquín Rodríguez, encargado de la finca de Capmany, yo y don Santiago Tejera, maestro de la única escuela de Fernando Póo, pues en la que tienen los frailes no les enseñan á los negritos *bubis* que traen del bosque, más que à cantar desentonadamente el padrenuestro, el avemaría y á trabajar para la Misión Católica.

La hamaca es un pedazo de lona como de metro y medio de largo por uno de ancho, cosidos los extremos á los lados más cortos de un rectángulo de madera cubierto con un tapacete de la misma tela; la cargan en la cabeza cuatro negros y se va en ella con más comodidad que en un coche, leyendo ó durmiendo. Así se recorren seis ú ocho leguas sin sentir.

Ibamos, alternando, dos á pié y uno en la hamaca camino arriba y contemplando la monstruosa corpulencia de los corpulentos árboles, algunos de los cuales diez hombres con los brazos abiertos no pueden rodear. y la espesura del bosque y las bandadas de parleros loros y de palomas verdes, y oyendo el piar y gorjear de mil pájaros de especies diferentes, entre los cuales llamó mi atención un primoroso pajarillo negro y blanco, con una cola, en relación á su tamaño, como la del pavo real.

Ví, antes de llegar á la finca, el pueblo, residencia del Gobernador y de los colonos españoles, unos cien habi-

tantes de ambos sexos, que hace ocho años que están allí y todos poséen ya sus finquitas, que estàn próximas à Bacilè.

Desde la altura en que está este pueblo, compuesto de un centenar de bonitas casitas blancas, se otea un bellísimo paísaje.

Fué allí donde oí por primera vez las voces que dan los negros para avisar la llegada de un barco.

El primero que vé el buque lanza un grito así; *ju...u ....uú....*que repiten á coro los otros y se propagan por las tribus y llega al pueblo, generalizándose el grito, y luego se acercan á la playa, lanzando á coro el consabide *ju......u....uú.*

Cuando regresamos à Santa Isabel dejamos á Capmany casi restablecido, pero el Gobernador seguía muy grave, tanto que al día siguiente murió. Muy pocos sintieron su muerte, porque era un verdadero déspota y tirano. Si yo fuera creyente, diría, como el padre Las Casas cuando supo la muerte de aquel Narvaez, uno de los conquistadores de Mèjico: "El Diablo cargó con su ànima"

°°°

Dos meses después hice un viaje, á piè, unas veces por entre los bosques y otras por la orilla de la playa, á la finca de Capmany, en la que estaba de encargado el deportado D. Juan Enseñat, por haberse ido á España D. Joaquín Rodriguez.

Regresé por el mar, embarcado en un pequeñísimo *cayuco*, con un portugués que estaba borracho. En otras circunstancias de mi vida, quizàs lo hubiera pensado antes de embarcarme; pero en Fernando Póo se familiariza uno tanto con la muerte, que llega à despreciar la vida.

*
* *

D. Manuel Rico, comandante de un barco, fué nombrado Gobernador interino, y se portó muy bien con los deportados.

El mismo día que tomó posesión del gobierno, repartió cigarros y un peso á cada deportado y mandó distribuir, entre los más necesitados del Barracón, la ropa de los cubanos muertos; ordenó que no se castigara á los deportados y que se les pusieran camas en el hospital, en sala aparte, y que les dieran á los enfermos media ración de Europa: sopa, carne y pan.

A los pocos días destituyó de Jefe de Policía al cabo Fernández y lo mandó para España

* * *

El tenedor de libros de Capmany me dió un día una colección de libros obcenos para que los leyera y viera las láminas. Se los devolví sin leerlos y le dije que tenía muy mal gusto literario. Desde entonces se puso serio conmigo y no tardó en amenazarme con darme de bofetadas.

Fué por ésto y por no haberme incluído el Gobernador en la anmistía que decretó Sagasta para todos los deportados por causas políticas, por lo que salí de casa de Capmany.

Por aquellos días andaba un policía negro citando á todos los deportados para que fueran á la casa del gobierno, donde le comunicaba el Gobernador el indulto. Llegó á casa de Capmany y nos citó á todos los cubanos que allí estábamos. Fui, puès, al Gobierno y me dijo el Secretario que como no era nominal el indulto, el Gobernador que podía ó no incluirme en él, pero que no lo hizo porque en mi expediente me habían puesto por anarquista, y como un anarquista fué el autor de la muerte de Cánovas del Castillo....

Esta decepción me impresinó tanto, que me atacó una fiebre nerviosa que me hizo perder la razón tres

días y estuve muy grave en casa de mi buen amigo Daniel de la Fé, que me asistió como á un hermano.

Restablecido de esa enfermedad, me coloqué de dependiente en la factoriá de D. Sebastián Muñoz, ganando de sueldo cinco pesos al mes, pero me daba buen trato considerándome como á un amigo.

* * *

El cinco de Febrero del 98, se embarcaron en el Larache todos los filipinos y los cubanos, menos cuarenta y dos, que nos quedamos porque le dió la gana al entonces Gobernador D. José Rodríguez de Vera.

Después de tan fuerte y dolorosa impresión, perdí toda esperanza de volver á la Habana y me resigné à pasar el resto de mi vida en Fernando Póo.

Esta resignación y esta solitaria y dulce paz meláncolica del espíritu, era perturbada cada vez que recibía, después de esperar cuatro y hasta siete meses, carta de mi familía. Entonces pasaba quince ó veinte días aquejado de nostalgia.

* * *

Por orden de Muñoz fuí un día á comprar bambú á Banapá, que así se llama la finca que posée la misión catòlica Fué un negrito acompañándome por el camino de los mangos, que empieza à la salida del pueblo y termina en la mencionada finca: unos tres kilómetros.

Oí cantar á coro, cuando llegué á la finca, en la Capilla que parecia un corral. Entré por curiosidad en ella y ví á un fraile subido en un tablado que dirigía el coro de negros de ambos sexos, semi desnudos y semi salvajes. Cantaba el fraile con voz atiplada y melíflua: "María virginaaà.... María reginiaaá.... María florentinaaá...... María celestinaaá...." y otras bobadas que contestaban á coro los negros.

A ésto, á cantar á María, y á trabajar para la Misión, es lo que les enseñan. Los frailes pastorean á los *machos* y las *frailas* ó hermanas, á las hembras.

*
* *

Los bubis en el bosque, en su estado salvaje, mientras no se ponen en contacto con frailes, comerciantes, mandarines, burócratas y demás europeos civilizados, son la gente de costumbres más dulces, más veraces, más sobrios y altruistas que he visto.

Viven felices en el bosque. Pocas veces han tenido guerras entre sí. Dos ocasiones, oí decir, han hecho resistencia á las usurpaciones del Gobierno español; pero desarmados la mayoría, y algunos con sólo escopetas de pistón, han huído al primer ataque de los españoles, abandonàndoles sus feraces tierras de los valles y cuestas, subiendo ellos la montaña, donde á medida que se sube empobrece la vegetación, hasta que llega á la esterilidad en la ùltima zona.

No castigan á los niños, aunque hacen que las mujeres lleven el peso del trabajo. Los hombres se dedican à la pesca, á la caza, à subir á las palmeras para cortar el *bangá* (fruto parecido al corojo de Cuba) que machacan las mujeres, en las chozas para sacar el aceite, el cual dan á los comerciantes ingleses, españoles y portugueses, à cambio de tabaco y de alcohol; también se dedican á sembrar ñame. El plátano, la malanga y el àrbol del pan se producen sin cultivo. Se construyen en las manígüas sus bohíos con bambú y "calabó."

Son las mujeres las que llevan las màs pesadas cargas, y los hombres van detrás de ellas con sus güiros llenos de *topé* (2) colgados de unos palos, con caprichosos dibujos de relieve hechos por ellos, que llevan en los hombros.

Tienen la menor cantidad de Gobierno posible.

El rey *Moca* está arriba, en lo alto de la montaña.

Todos los *botucos*, especie de Gobernadores de provincia, les pagan tributos, en productos de la tierra, no en monedas.

Trabajan la tierra en común bajo la dirección de los más inteligentes, que son los *botucos*, á los cuales deponen cuando no son de su agrado, á pesar de ser hereditarias esas gerarquías.

Désde el rey Moca hasta el último bubi, andan todos desnudos.

Todo es de todos, menos lo que poséе el rey y los *botucos*,—algunas cabras y ovejas,—y las mujeres; pues aunque practican la poligamia, castigan severamente el adulterio

Dicen los españoles que castigan éste cortándole una mano à la adúltera; pero que los gobernadores habían prohibido esa ley bàrbara.

Pero el caso es que el Gobierno de España, por su crueldad, causa horror á los bubis, los cuales no esclavizan á la gente, ni la matan á palos, ni hay pobres ni ricos entre ellos y satisfacen con muy poco trabajo todas sus necesidades naturales.

***

He visto conmovedoras escenas de solidaridad entre los bubis.

Los comerciantes de Fernando Póo los halagan dándoles bagatelas; para que les vendan aceite de palmas, gallinas y huevos.

Un día le dí yo á un muchacho bubi una galleta; como ví que la partía en pequeñísimos pedacitos que repartía entre los treinta indivíduos de la tribu, me opuse diciéndole que se la dí para él sólo. Recogió enseguida todos los pedazos y me los devolvió diciéndome que ellos no podían comer ni beber nada, sin que comieran y bebieran todos los bubis que estuviesen presentes. Le dí entonces un puñado de galletas y ellos, que son muy dadivosos, me dieron kola, huevos y *topé*.

Es curioso observar el desinterés y la sobriedad del bubi del bosque, y el egoismo, el afàn de hacerse propietario y los vicios de que están llenos los granujas educados por los frailes.

*
* *

Estaba yo cierta tarde echado de codos sobre el mostrador de la tienda, cuando ví pasar un negro, moribundo, amarrado y colgado por piés y manos de un palo que cargaban por ambos extremos otros dos negros. Detràs iba, azotándolo con un vergajo, el policía asesino Moisés.

Supe después que había robado 300 pesos á Saturnino Montojo, sobrino del Almirante español del mismo apellido, que perdió la escuadra en Filipinas; y que aquel negro que con tanta crueldad azotaban, y otros dos que habían matado ya del mismo modo, los habían preso por simples sospechas y los mataban á palos para que confesaran el delito que después, mucho después, se supo que no fueron ellos, los negros asesinados, los autores.

*
* *

Algunos días después fuí yo á la casa del Gobierno à sacar un permiso, no recuerdo para qué y precencié una horrible escena de refinada crueldad.

El negro que supervivía de los tres acusados de haber robado á Montojo, estaba desnudo, amarrado à un poste, junto al cuartel de los soldados. El policía asesino Moisés. por mandato de Moctojo—que contemplaba con deleitosa sonrisa los horribles sufrimientos de su victima,—desgarraba á bergajasos la piel, y ensangrentaba las nalgas (únicas partes del cuerpo, por detràs, de hombros abajo, que la pobre víctima no tenía despellejado,) en carne viva, con profundos agujeros, manando sanguinolento humor.

De vez en cuando ordenaba Montojo al asesino Moisés que descargara un vergajo en las carnes maceradas, podridas, de la espalda, por los repetidos vergajazos dados en los días anteriores. Ya no tenía la víctima alientos para gritar; se quejaba y corrían por sus mejillas y goteaban en el suelo las lágrimas de sus ojos y la sangre de sus espaldas y nalgas desgarradas, y arañaba el poste, y contraía el rostro, y se orinaba de dolor!....

Así siguió atormentando Saturnino Montojo à este desgraciado negro hasta que exhaló el último suspiro!

Este Saturnino Montojo odiaba á muerte à los cubanos, y cada vez que recibía una noticia desagradable de la guerra de Cuba, mandaba sacar á los cubanos y filipinos del Barracón, los mandaba poner en fila y, siempre con su sonrisa maligna; ordenaba à los policías negros que les dieran en las nalgas 25 azotes à cada deportado, y después á palos y vergajos los conducían, á la carrera, á chapear.

o°o

Por aquellos días fué cuando más castigaban á Isidoro Aguado y á Valentín Iglesias, que hacía dos meses que los habían condenado, al uno porque no quiso seguir de cocinero con un practicante de la armada, muy borracho, y al otro, porque robò un poco de arroz á un colono.

Era para volverse loco de indignación al sentir las afrentas que se nos hacían.

Por primera vez veían la gente de Fernando Póo, á dos blancos trabajar en el camino, con grillos en los pies, empujando la vagoneta cuesta arriba, cargando palos y ladrillo al igual que ellos, los contratados; porque el que tiene una posición independiente, libre và á la càrcel, pero no lo azotan. Los Europeos no van ní á la càrcel, sino arrestados en el pontón, y si el delito es serio, los manda el Gobernador para España bajo partida de registro.

o°o

Como yo no puedo soportar que nadie me domine y como por otra parte cambiando de ocupación, de casa y de patrón cada poco tiempo, me parecía que corría más velozmente el tiempo, un día, por leve motivo, salté el mostrador y me fuí.

Tenía ya economizados 27 pesos, con ellos compré tabaco y me puse á trabajar en mi oficio previo permiso del Gobernador, y á vivir por mi cuenta.

Alquilé, pues, un cuarto por un peso al mes, en las afueras del pueblo, en medio de un cacaotal. No tenía piso el cuarto, y el techo estaba á medio *cobijar*, por cuyo motivo cuando llovía se encharcaba el agua en el suelo y sobre él tenía que abrir mi catre (catre cuyo forro era de sacos y que lo había hecho el Dr. Emiliano Núñez) y acostarme, con lo cual se agravó el reuma que en el Barracón había adquirido y que todavía no he podido curarme.

Dos meses estuve así, oyendo de noche el graznido de las aves nocturnas que revoleteaban sobre el techo de mi desvencijado cuarto, el zumbido del viento que mecía los àrboles, y el rumor de las olas que rompían acompasadamente en la cercana playa.

Después me coloqué de conserje en el Casino español, que hoy es propiedad del Cónsul portugués, el Sr. Nacimiento de Jesús Brusaca d' Acuña Lisboa.

En en el casino estuve muy bien tratado, durante los últimos seis meses que pasé en Fernando Póo, por el Sr. Cónsul y por su Secretario, que también era tenedor de libros, el simpàtico jóven Sr. Canuto Eduardo Machado.

o°o

En los últimos días del mes de Enero del año 1899, nos citaron, para la casa de Gobierno, á los deportados

cubanos que en Fernando Póo quedábamos, para comunicarnos que estábamos en completa libertad.

El día 5 de Febrero del sobredicho año nos embarcamos en el vapor *Larache*, que partió á las seis de la tarde para España.



En la travesía de Fernando Póo à Monrouia ví lanzar al agua, desde el castillo de proa, metidos en unos sacos de lona, cosidos á una especie de parrilla—á la cual ataron un lingote—á dos desgraciados negros que habían cumplido su contrato y regresaban á su país, al que como se ha visto, no pudieron llegar, porque castigados por leves faltas en el Pontón—les tuvieron amarrados á un cañón—moliéndole à palos las costillas diariamente, por espacio de dos meses.

o°o

Monrovia, vista desde el mar, es una ciudad t iste y fantástica—como todas las que ví en las costas de Africa—rodeadas las casas de arboledas que las defienden de los abrasadores rayos solares.

Las horas que estuvo el *Larache* anclado en este puerto estuvimos viendo innumerables cayucos, que gobiernan con un solo remo y con sin igual destreza, los negritos monrovianos.

Admirable era la lijereza con que se tiraban al agua y como nadaban como peces tras las monedas de cobre que les tiraban los pasajeros, para vérselas cojer antes que llegaran al fondo del mar.

o°o

La República de Liberia—cuya capital es Monrovia—está bajo el protectorado de los Estados Unidos, y

Presidente era en esa fecha un negro de luengas barbas blancas y de avanzada edad.

o°o

De Monrovia á Sierra Leona navegamos nueve días, con mar bastante gruesa, ocultando el cielo negros nubarrones, y bajo la acción de un tornado.

Ya dije que Sierra Leona es una posesión inglesa. Lo que no dije—porque cuando iba para Fernando Póo no pude verla—es que está ciudad está en la falda de una de las muy altas montañas de aquella gran sierra que hay un buen cuartel y un regular hospital en una regular elevación de la montaña, en el cual habitan los ingleses blancos, y que hay en la ciudad plaza de mercado donde venden los indígenas muchas frutas y viandas análogas á las de Cuba.

o°o

De Sierra Leona á Río de Oro, tardamos tres días. en los cuales vimos contínuamente los dilatados arenales del Gran Desierto de Sahara.

De Río de Oro sólo diré que es un arenal en el cual he dicho que tiene—ó tenía la Compañía Trasatlántica una factoría, guarnecido por una compañía de infantería de la marina española y que los factores de dicha factoría se dedicaban à cambiar á los moros efectos de Europa, por pieles de animales.

De allí; de Río de Oro, trajeron en una jaula, que metieron en el *Larache*, una hiena.

o°o

Salimos de Río de Oro por la tarde, y bien poco habíamos navegado, cuando empezamos á ver el famoso Pico de Teide, que estuvimos oteando hasta que cerró la noche.

Salió el sol esparciendo haces de luz por todos los ámbitos de las dilatadas regiones del espacio, y vimos la ciudad que desde la playa vá subiendo, subiendo por la montaña hasta bastante altura,

En el mar oíanse muchos gritos que daban los tripulantes de los muchos buques que de diversas naciones en el puerto maniobrando y evolucionando estaban, luciendo sus gallardetes y desplegando al viento que del Norte soplaba, muchas banderas de variados colores y de diferentes naciones.

Desembarqué en Canrais, subí al tranvía—que como el del Vedado de la Habana—anda un gran trecho por el litoral.

Almorcè en el "Hotel Cataluña", visité la Catedral, que no vale gran cosa, y la plaza del mercado donde ví mucho pescado salado, mucha papa, mucho gofio, muchos quesos y grandes montones de naranjas, que vendían pálidas mujeres, las cuales llamaban con el dejo que hablan los canarios á Joselillos, Juanillos y Mariquillas.

***

Salimos de Canarias á las doce del día y al tercero de navegación desembarmos en Cádiz.

En Cádiz estuve cuatro días y claro, ví la calle ancha y la Plaza de la Libertad, y ví bailar, y oí cantar en tabernas á majas y majos y gritar ¡ole! ¡ole!, y decir mientras bailaban meneando las caderas—:¡"toma chiquillo!" mientras hacían un movimiento lascivo de cadederas—y ¡aza! ¡aza!......¡Viva tu mare! Y no vì ni oí más hasta que me embarqué para la Habana en el vapor "San Ignacio de Loyola", que tocó en Canarias, antes de llegar á Puerto Rico se le rompió una pieza á la máquina, por lo cual estuvo parado el San Ignacio, todo un día mientras hicieron otra,

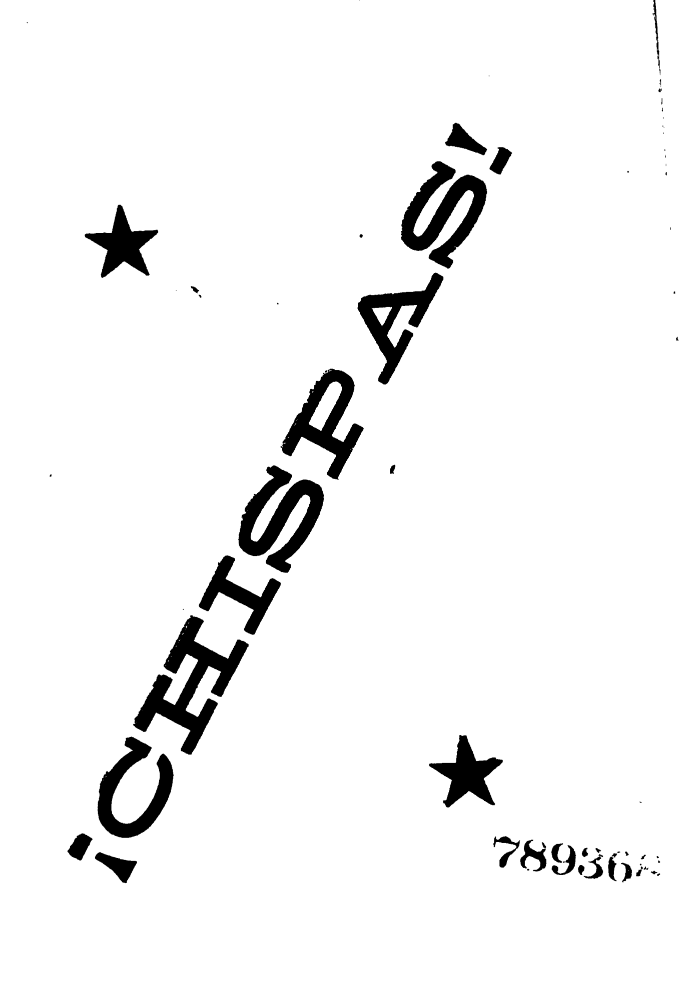
***

A Puerto Rico llegamos por la mañana. Desembarqué, y me pareció muy bonita la ciudad de la Isla hermana. Aún había gran agitación en la masa popular indígena, y ví á ésta apedrear á un establecimiento de españoles.

Al medio d a salimos para la Habana y ví, á vista de pájaro la patria de Hatuey y de Máximo Gómez, y el 18 de Marzo por la mañana llegamos á esta mi querida ciudad, que tanto suspiré por volver á ella, para poder abrazar á mi madre, á mi esposa é hijo y......en la Habana estoy para lo que mis lectores quieran mandar.

Noviembre de 1899

FIN.


¡CHISPAS!

EL VIEJO MARTIN

(CUENTO SOCIAL)

Corrían el año de 1886, y en el portal que estaba de frente al vetusto caserón que habitaba con su familia en Puerto Príncipe el Marqués de X, filántropo revolucionario del 68, se sentaba todos los días un viejo nonagenario, tembloroso, de luengas barbas blancas que contrastaban con la cabeza calva, de epidermis reluciente, al que un hijo del Marqués, de nueve años de edad, solía socorrer, unas veces dándole ropa usada de su padre, otras algunas monedas de plata.

Una hermosa tarde de otoño salió el Marqués con su hijo de mano á dar su acostumbrado paseo por entre un palmar que el viento hacia gemir á sus inhiestos penachos, y encontró en el camino al viejo Martín.

Martín tenía ganas esa tarde de referir á alguien sus cuitas y empezó á referírselas al Marqués, que se detuvo cuando lo vió, y se metió la una mano en un bolsillo del chaleco y sacó una peseta que le dió al viejo Martín.

Martín dijo que tenía noventa y dos años de edad y que había trabajado diecinueve en un ingenio y cincuenta y dos en otro.

Cuando le dieron la libertad ya estaba inútil para el trabajo y medio ciego. Sus últimos amos estaban en París. Y él, desde entonces, no tenía ni el pan seguro, ni el domicilio fijo.

Apoyàndose en su báculа andaba por los caminos, con un saco acuestas, donde echaba lo que le daban, implorando la caridad de los que él y sus *caravelas* habían hecho ricos con su trabajo.

Algunos le socorrían, otros le decían que pedía para emborracharse, y lo despedían de mala manera de la finca.

Cierto día el Marqués (qué se había batido en las barricadas por la causa de los obreros, en París, y que allí había tratado á Fourier y á Luis Blanch) le encomiaba el trabajo á su hijo, y entre otras cosas le decía que es la fuente de la riqueza y del bienestar.

—¿Y qué es bienestar papá?—le preguntó el niño.

—Te diré hijo:—hay dos clases de bienestar: el bienestar moral, que emana de una conciencia tranquila, y el bienestar físico, que consiste en tener buena salud y en poseer algunos bienes de fortuna para poder rodearnos de ciertas comodidades y no vernos obligados à gastar en el trabajo más fuerzas que las que podamos reponer.

—¿Y cuál de esos bienestares goza el viejo Martín, papá?

—Hijo mío, estoy seguro que goza del primero, porque ha cumplido con su deber, ha trabjado más de lo que debía, y no ha hecho mal á nadie. En cuanto al segundo no puede disfrutarlo, pues está muy achacoso y no tiene vienes de fortuna, porque generalmente,—exceptuando á Edison, Víctor Hugo, Emilio Zola, Benito Pérez Galdós y algunos otros artistas y hombres de ciencia, que no puede compararse su trabajo por mucho que éste sea, y esto lo reconocen inteligencias de primer orden como Tolstoi y Bakounine, como el de un minero, porque éstos trabajan más y no obtienen el placer y la

gloria que proporcionan las ciencias y las artes á los que las cultivan con amor,—en esta sociedad el que más trabaja menos posée, y vice-versa. Por lo que debiera decirse que la fuente de la riqueza privada es el producto del trabajo ajeno, nunca del propio.

Manuel M. Miranda.

★

Igualdad

La igualdad—le decía à un obrero—un abogado de la escuela antigua, de aquellos que usaban larguísima levita, espejuelos ahumados y sombrero de muy alta copa—es un absurdo, un imposible, no existe en ninguna parte.

Observe usted á la Naturaleza y no encontrará dos cosas iguales, ni en el reino mineral, ni en el vegetal, ni en el animal.

En la Mineralogía se cansarà usted de observar, no digo los cuerpos cristalizados, sino hasta las moléculas y los àtomos y no encontrará dos iguales.

En la Botánica puede usted, en la flora de cualquier país, comparar clases, familias, géneros, especies, variedades......y dentro de las variedades, especies, géneros, familias y clases las plantas unas con otras y aún en una misma planta las ramas, las ojas, las flores, y los frutos, y no encontrará dos iguales.

En la Zoología compare usted en la fauna de cualquier país, las razas, las familias y los individuos unos con otros y no encontrarà dos iguales.

En la especie humana es más notable—si cabe—la diferenciación: raza blanca, raza negra, raza amarilla, raza roja y todavía hay sub razas. Dentro de cada raza, compare usted la fisonomía y el tipo de cada individuo con otro, aunque éste sea su hermano, y verá ¡cuánta diferencia hay de un hermano à su hermano!

Y esto nada más que el orden físico.

Pasemos ahora al orden moral é intelectual.

Verá usted que hay razas que están á màs bajo nivel moral é intelectual que otras; individuos que se sacrifican por sus semejantes mientras otros los tiranizan y explotan su bondad y hasta los asesinan. Verá que mientras unos con su trabajo honrado hacen una modesta fortuna, otros son unos holgazanes viciosos vagamundos; que mientras la Naturaleza les da á unos inteligencia y sentimiento para ser oradores, poetas, músicos, filósofos, etc., á otros no les de inteligencia màs que para "destripar" terrenos ó para hacer zapatos ó machacar hierro.

Válgame *dios*, señor,—dijo el obrero—cuando el abogado calló, tosió, escupió, resopló y se limpiò el sudor que corría por su frente—¡què cúmulo de injusticias históricas no se habrán sucedido en el tiempo para que el hombre llegue á filosofar tan limpiamente como usted!

¡Y còmo ha olvidado, engolfado en el derecho romano que la madre Tierra no tiene en cuenta la diferencia de órdenes, clases, familias..... ni que una planta sea más chica, ni que tenga su tallo y hojas diferentes á otras, sino que á todas les ofrece igualmente sus substancias que absorven por las raices, transformándolas en la sávia que fluye por sus fibras y tejidos, nutriéndola, y que lo mismo ofrece la atmósfera que rodea la Tierra por todas partes sus gases á la planta pequeña que al árbol gigantesco para que inspiren por sus hojas, de día, el oxigeno y en las expiraciones nocturnas le devuelvan àcido carbónico; y que la Tierra ofrece igualmente sus frutos á todos los animales por diferentes que éstos sean en tamaño, en fuerza y en belleza; y el aire lo atraviesan cantando lo mismo las bandadas de pájaros de multicolor y brillante plumaje que las feìsimas aves nocturnas que lo atraviesan graznando; y que lo mismo viven nadan y se mueven en el agua la ballena y el horroso pulpo y los peces voladores que los millones de millones de infusorios que en algunos lugares del Pacífico coloran de blanco el agua y de rojo el mar de este nombre (3) y de

noche iluminan (noctilus) las superficies de los mares, de los cuales parecen salir llamas!

Pues bien, señor, esa igualdad es la que proclamamos los obreros consciente; esto es, que así como la Tierra no le niega sus substancias al cesped, ni al débil arbusto, ni al enteco arbolillo y ofrece con prodigalidad sus frutos á todos los animales que surcan las aguas y atraviesan el aire y corren por la superficie terrestre del Globo, que el hombre no le niegue al hombre lo que la Naturaleza dá generosamente à las plantas y á las bestias: tierra, aire y agua suficientes! O, en otros términos: pan, abrigo y albergue, tengan ó no talento, sean fuertes ó débiles, sanos ó enfermos.

Pensad, señor, en vuestros hijos: ¿repartís el pan y el vestido entre ellos atendiendo à sus dotes intelectuales, físicas y morales ó se sientan todos á la mesa y comen hasta que se satisfacen? ¿Le compráis calzado y vestido primero á vuestro hijo mas fuerte é inteligente, ó al primero que necesita de ellos? Con quien tenéis más atención ¿con vuestro hijo sano y fuerte o con el débil ó enfermo?

Yo he leído, señor, que en Esparta se sacrificaban las criaturas que nacían con algún defecto físico y también en un libro de Pedro Kropotkine que ciertas tribus salvajes cuando van de viaje y algún anciano enfermo se cansa, aunque sea su padre ó su hermano, para evitarse el trabajo de atenderlo, lo matan!

Es eso señor, lo que quereis y lo que haseis los que proclamais la desigualdad entre los humanos, aunque no os atreváis á manifestarlo tan claro. Y decid que sois religiosos! y os llamáis cristianos!

Manuel M. Miranda

Súplica al lector

Pór la premura conque se ha impreso esta obra es probable que se hayan escapado algunas erratas, como las de la página 3, línea 3 que dice: "el amor á la piedad" y debe léerse: *"el amor y la piedad* que siento" etc. y en la página 8, línea 16 que dice: "en el vaporcito", léase: *"en un vaporcito."*

NOTAS

Pag. 43.—(1) Ya murió.

Pag. 50.—(1) Cierto líquido, muy sabroso, que extraen los bubis de las palmeras.

Pag. 65.—(3). *El Mar*, por Santiago Isaura.

